**El campo de concentración de Castuera**

El 1 de mayo de 1939, no se me olvidaba porque ese es el día de la fiesta del trabajo, nos metieron en el campo de concentración de Castuera. No recuerdo en qué condiciones nos llevaron hasta allí, supongo que iríamos en camiones. En el campo del pantano de Cijara, estábamos en campo abierto; en Castuera, el espacio sí estaba acondicionado para recluir prisioneros. El recinto quedaba delimitado por un foso y dos líneas de alambres de espinos. Aproximadamente a una distancia de cuarenta metros unas de otras, se hallaban las garitas de los soldados que, por el exterior, custodiaban el campo. En el interior del recinto se encontraban nuestros "alojamientos", barracas de madera con techumbre de uralita. Había un total de ochenta, organizadas en hileras de diez[1]. Encabezando las filas de barracas, se hallaban unos depósitos de agua.

Al poco tiempo de llegar, obligados por las autoridades del campo, tuvimos que cumplimentar un impreso[2]. En ese documento teníamos que indicar varios datos: nombre y apellidos, localidades en las que habíamos residido desde octubre del 1934, en qué condiciones nos habíamos incorporado al ejército "rojo", en qué unidades habíamos servido desde el principio de la guerra… En esas circunstancias, rellené los formularios de dos camaradas, Lucio Martínez Bravo y Calixto Bonilla Marrupe[3], que conocí ese mismo día. Lucio y Calixto eran naturales de Castilblanco, un pueblo de la provincia de Badajoz. Me acuerdo bien de Calixto, un hombre con bigote fino, muy abierto y simpático que debía tener alrededor de treinta años. Según me comentaron ellos, fueron apresados en el sur de la provincia de Toledo. Pertenecían a una compañía de ametralladoras. Les propuse incluir un destino, digamos, menos expuesto, y, con su beneplácito, escribí que eran camilleros.

Castuera era un verdadero campo de concentración. Estaba ubicado a unos tres kilómetros del pueblo, en una llanura al pie de la sierra de Benquerencia. Los ochenta barracones eran nuestros alojamientos. Dormíamos en el suelo, tumbados en dos hileras, con la cabeza contra la pared de la barraca. Cada uno disponía de una amplitud de aproximadamente ochenta centímetros. Entre las dos hileras, en la parte central del barracón, quedaba una zona libre de poco más de un metro de anchura, por la cual podíamos caminar de una punta a la otra de la barraca para agilizar las piernas.

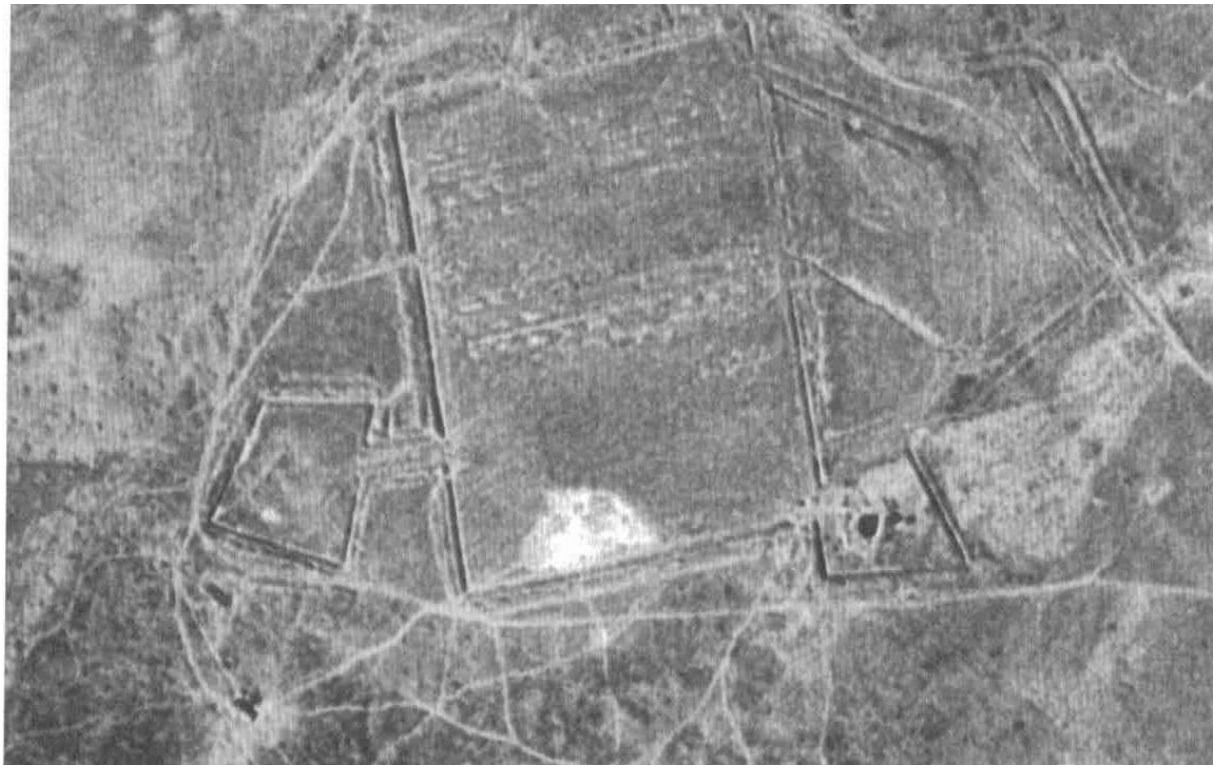


Foto aérea de la zona del campo de concentración – vuelo americano 1956

La barraca número ochenta estaba destinada a los incomunicados. Los barracones se dividían en varias calles y estaban separados por una gran plaza central donde, colocada en una peana de piedra, se erguía una cruz muy grande, la cruz de los caídos. Dentro de la retorica franquista, los caídos eran, como bien se sabe, los que cayeron por *Dios y por la patria*. Desde el principio, la Iglesia tomó partido por Franco y por los golpistas. Para ellos, la guerra fue una *Santa Cruzada*[4]. Esa cruz era el símbolo de la potencia de la Iglesia y de su complicidad con los rebeldes que echaron abajo a la República. Frente a ella, cada preso republicano tenía que expiar sus pecados. Todos los días, bajo el control de nuestros guardianes, formábamos en la plaza y, haciendo el saludo fascista con el brazo alzado, teníamos que cantar el *Cara al sol*, que era el himno de Falange. Esa era la humillación que se nos imponía a diario. De vuelta a nuestros barracones, para recuperar algo de ánimo y recobrar nuestra dignidad, entre nosotros, cantábamos una versión, digamos, un poco modificada, del *Cara al sol*. Aún recuerdo algunas palabras:

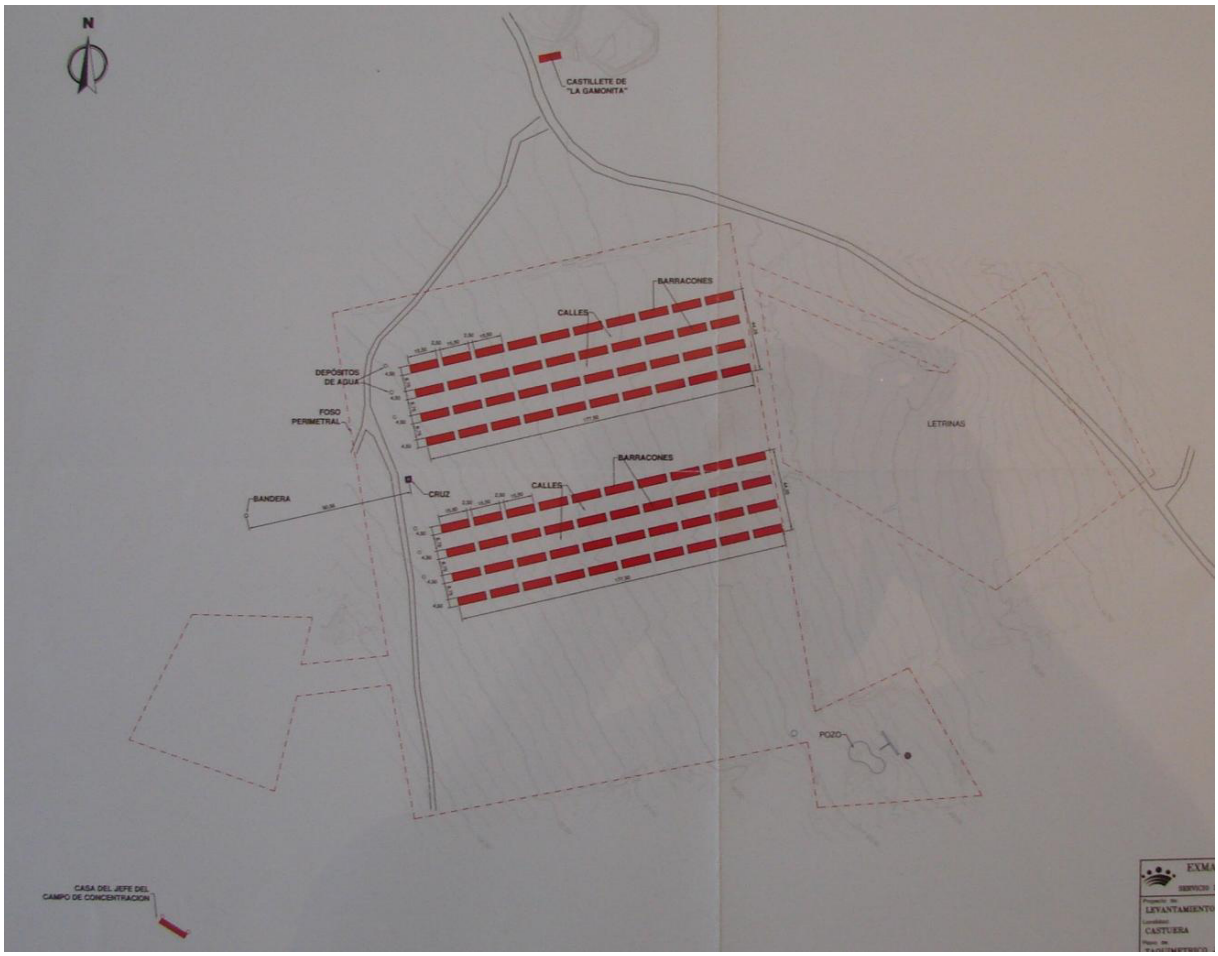
*"…Cuando se enteró mi madre que yo era de la JONS*

*Me dio un abrazo y me dijo: vete de aquí so cabrón…"*

En un extremo del recinto se encontraba la zona de las letrinas, en cuyas zanjas hacíamos nuestras necesidades. De vez en cuando, supongo que para divertirse, los guardianes falangistas disparaban muy cerca de algún prisionero agachado, ocupado en esa faena. El desgraciado preso no tenía más remedio que de salir corriendo sujetándose el pantalón. Su carrera hacia el barracón iba acompañada por las risas de los falangistas. En realidad, tal actitud constituía otra forma más de humillarnos.

Cuando llevábamos algunas semanas encerrados en Castuera, a pesar de las durísimas condiciones que nos imponían los vencedores, poco a poco íbamos perdiendo el miedo de los primeros días y recuperando el ánimo. Eso se hizo patente de una forma improvisada una mañana cuando, estando todos reunidos en la plaza, un capitán de falange nos ordenó que cantásemos el *Cara al sol*. Empezamos a cantar, pero lo hicimos en total desconcierto, sin seguir el ritmo de la canción. Al capitán no le gustó y nos mandó cantar de nuevo. Lo hicimos aún peor. Eso se repitió varias veces, y el capitán, que por su acento debía ser extremeño o andaluz, ya estaba perdiendo los estribos. Entonces, gritó: "Os doy otra oportunidad ¡la última! si no cantáis como es debido *Cara al sol*, podéis despediros de vuestros seres queridos porque jamás volveréis a verlos." Al amenazarnos de esa forma, en cierto modo, él reconocía que la situación se le estaba escapando de las manos. Y eso también representaba un peligro para cualquiera de nosotros. Al final, el último intento con el *Cara al sol* fue un desastre. En vista de esto, capituló nuestro "buen" capitán diciéndonos: "Rompan filas, ¡a las barracas!" Y sin perder tiempo, regresamos a los barracones. Ese episodio y su desenlace fue para nosotros una pequeña victoria sobre ese sistema represivo que había sido diseñado para doblegarnos. Recuerdo que, más tarde, estábamos ya en vísperas de Navidad, y ese mismo capitán nos dijo: "Esta noche para la cena os vamos a dar veneno con sal para ver si reventáis".

A consecuencia de la peripecia de *Cara al sol* nos reunieron de nuevo en la plaza, frente a la cruz, y un cura nos dio un buen sermón acabando su diatriba, más o menos, con estas palabras: "[…] vosotros, los "rojos", habéis sido vencidos por el generalísimo Franco, el mejor de los generales, el alto estratega reconocido por todos. Ahora se han acabado vuestros derechos, solo tenéis deberes por cumplir…". Ese era el discurso de la Iglesia[5].




Plano del campo de concentración

En el campo, nuestras condiciones de existencia eran más que difíciles. La alimentación, además de ser de mala calidad y estar mal preparada, era escasa. Los pocos garbanzos que nos daban, y recuerdo que a menudo nos daban garbanzos, estaban prácticamente crudos y más duros que los pies de Cristo. Pero no nos quedaba más remedio que comerlos. Los extremeños se podían beneficiar de la ayuda de sus familiares que, de vez en cuando, a pesar de las dificultades, conseguían llevarles algo de comida, por lo que lo pasaban un poco mejor. Yo estaba muy alejado de mi familia y, por ese motivo, ellos no podían ayudarme. No obstante, recuerdo haber escrito a mi madre pidiéndole que visitase a mi tía Rumalia para solicitarle que me mandara un poco de harina. No sé si llegó la carta al pueblo y si mi madre consiguió algo. Lo que sé es que nunca recibí la harina. La situación que vivía mi familia en el pueblo era tremenda. Mi padre estaba preso en la cárcel de Ávila, donde lo metieron cuando, al final de la guerra, regresó a Tornadizos. Mi madre, sola en casa con cuatro hijos pequeños, no podía levantar cabeza. Yo sabía que mi padre estaba encarcelado porque recibí una carta suya en la que me contaba que, como a él no se le podía acusar de ningún crimen, pronto podría salir. Pero, desgraciadamente, no fue así. Mi padre no salió vivo de la cárcel, falleció el 30 de junio 1940 en el

hospital de Ávila sin haber recobrado la libertad. La versión oficial de su fallecimiento es que fue a consecuencia de un cáncer del estómago. Nosotros nunca nos hemos fiado de esa explicación, bien sabemos a qué clase de brutalidades y de maltratos fueron sometidos los presos republicanos.

Yo siempre andaba intentando mejorar mi situación desde el punto de vista alimenticio, por eso estaba al acecho de la más mínima oportunidad. En Extremadura, se recogen bastantes bellotas, muchas de ellas destinadas para cebar a los cerdos. Pero debido a las circunstancias, y a la mucha miseria de entonces, las familias de la zona las llevaban a sus presos para que pudieran engañar su hambre. Algunos camaradas, a fin de ayudarme, me daban un montón de bellotas para que yo fuera a venderlas por los barracones. Ir de un barracón a otro vendiendo esas malditas bellotas era una situación poco grata: a menudo me tildaban de estraperlista y de sinvergüenza. Si yo vendía esas bellotas era para poder comer unas pocas, pues los camaradas que me las habían entregado, cuando regresaba con el producto de la venta, a modo de recompensa me daban un puñado pequeño de esos frutos. Y gracias a esa minúscula porción de bellotas pasaba una poca, una poquita, menos hambre. Y es que tener hambre, como la que teníamos entonces, es algo tremendo que no deseo a nadie. Un camarada mío, que conocí en el campo de concentración, Miguel Fernández Talán, de vez en cuando conseguía un poco de harina que su esposa procuraba mandarle desde Agudo, donde ella residía. Miguel, en una cazuela, iba añadiendo, poco a poco, algo de agua a la harina, moviéndola con regularidad hasta que lograba realizar una pasta uniforme. Con ese engrudo lograba engañar al estómago, y, como buen camarada que era, cuando había acabado lo de su cazuela, me la entregaba para que pudiera rebañarla[6]. ¡Esa era la realidad!

A la falta de comida había que agregar las vejaciones, los malos tratos y las palizas diarias. Los falangistas, que sabían que en el campo encontrarían a algunos vecinos suyos, pues la mayor parte de los reclusos eran extremeños, venían de los pueblos de los alrededores y, yendo de un barracón a otro como amo por su casa, acababan por encontrar a alguien conocido. Cuantas veces he presenciado las palizas que recibían esos pobres hombres: con vergajos y con astiles de pico. Incluso, a menudo, al acabar con la paliza, les decían: "Antes de que te fusilen, volveremos para darte otro tanto". Sí, desgraciadamente he presenciado muchas veces esas situaciones. En los primeros tiempos de funcionamiento del campo de concentración, los falangistas de los alrededores tenían libre acceso al recinto. Hacían y deshacían lo que les daba la gana, y eso con la total complicidad de las autoridades militares[7]. Se llevaban en camiones a prisioneros escogidos por ellos que nunca volvían a aparecer. No había ni justicia, ni tribunales castrenses, ni tribunales civiles.

Me acuerdo también de los carteles que se podían ver en distintos lugares del campo, en los que se incitaba a la delación de los republicanos que se pasaron de la zona franquista a la de la República, de

los que formaron parte del Cuerpo de los guerrilleros y de los que tuvieron protagonismo en tribunales populares. También buscaban a quienes habían sido comisarios políticos o a los que hubieran tomado parte en la destrucción de iglesias o de imágenes santas… Es decir, cada uno de nosotros quedaba bajo la amenaza de una denuncia, aunque fuese calumniosa, de cualquiera, ya fuera el párroco, un falangista o cualquier elemento reaccionario, como por ejemplo, el secretario del ayuntamiento de Tornadizos. Todos nosotros, de la noche a la mañana, podíamos ser víctimas de ese sistema. Fue así como la represión franquista tuvo una amplitud terrible, horrorosa. Sabemos que también en la zona republicana, sobre todo al principio de la contienda, se cometieron injusticias y crímenes, la mayor parte de las veces por elementos incontrolados. Pero jamás esas coacciones tuvieron el carácter metódico y organizado que caracterizó la represión franquista. Desde el inicio de la guerra, a medida que nuevas zonas caían bajo su control, el sistema represivo franquista se imponía en cada barrio, en cada pueblo. Y esa represión duró muchos años después de que acabase el conflicto.

Los que no estábamos incomunicados, podíamos salir fuera de nuestros barracones y deambular por el interior del campo de concentración[8]. De ese modo, pude ver de nuevo a algunos camaradas de la 41 división. Me acuerdo, en particular, de un hermano del capitán Dosaula, quien era el comandante de la plaza militar de Herrera del Duque. Estuvimos conversando, rememorando los acontecimientos que nos tocó vivir juntos en la 41 división. Le pregunté por su hermano y me contestó que no corría ningún riesgo, que había obtenido avales que le eran favorables. También supe que el 28 de marzo, cuando nos entregamos a los franquistas, el comandante Farre, jefe de estado mayor de la división, que formó parte de la delegación sin los galones, pues se los había arrancado de la guerrera, llevaba escondida, debajo de su abrigo, una pistola, por si acaso hubiera tenido necesidad de utilizarla.

Un día, estábamos sentados delante de nuestra barraca cuando vimos pasar a unos hombres que se llevaban un cadáver envuelto en una manta. Reconocimos la manta, pues pertenecía a un muchacho natural de Almendralejo, en la provincia de Badajoz, que se llamaba Isaías Carrillo Sosa. Antes de haber sido trasladado a la barraca n° 80, la de los incomunicados, Isaías había estado con nosotros en el mismo barracón. Por ese motivo reconocimos su manta. Cuando algunos días más tarde nuestro grupo fue a engrosar las filas de los incomunicados, nos enteramos de las condiciones en que Isaías había sido asesinado: estaba matándose los piojos cerca de la ventana de la barraca y, desde el exterior, un falangista le disparó y lo mató. Los mismos falangistas nos dijeron que al que asesinó a Isaías ¡le habían dado un permiso de cuarenta y ocho horas!

Capitán de la Guardia Civil Ernesto Navarrete Arcal - Primer comandante del campo de concentración

Para terminar con la descripción de nuestra maldita situación no puedo silenciar las condiciones infrahumanas de higiene y los parásitos que nos chupaban la sangre. Los piojos eran amos y señores de nuestros cuerpos y de nuestras pobres prendas. Prueben ustedes a imaginar lo que representa llevar puesta la misma ropa a lo largo de nueve meses, que fue el tiempo que permanecí recluido en Castuera. Todos los días intentábamos acabar con ellos, pero la lucha era desigual. En las miserables condiciones en las que unos y otros sobrevivíamos, siempre ganaban los piojos. Los teníamos de todos los tamaños. A veces, mientras los matábamos nos distraía jugar a las comparaciones pues, si eran pequeños, decíamos que se trataba de cazas, Moscas o Chatos, y si eran de mayor tamaño, los transformábamos en Katiuskas… Desde luego, era un gran entretenimiento. También, para poder resistir el aburrimiento, entablábamos discusiones y jugábamos a las cartas o al dominó. Como no disponíamos de mesas, las partidas tenían lugar en el suelo de la barraca.

Con cierta regularidad, nuestros guardianes nos daban un periódico de propaganda que se llamaba *Redención*[9]. Con el titulo bastaba para entender cuáles eran las intenciones de los protagonistas de dicha prensa de mierda. A diario, a lo largo de las páginas, aparecían nombres y apellidos de personas asesinadas por los "rojos" o por las "hordas marxistas". Recuerdo un artículo que fue publicado con motivo del viaje a España del conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de

Mussolini. Según decía el texto, Ciano declaró que "España e Italia están unidas por los vínculos del cristianismo, de hermandad y de sangre…", buen programa para ellos. De vez en cuando, incluía algún artículo relacionado con la Segunda Guerra Mundial que había estallado en el continente europeo, y, aunque de forma muy incompleta y parcial, podíamos seguir la evolución de la situación bélica.

Como ya he dicho, cierto día, nos trasladaron a unos camaradas, entre los que se encontraba el grupo de Castilblanco, y a mí a la barraca número 80, la de los incomunicados, que era la antesala de la muerte. Disponíamos de tan poco espacio como en los demás barracones. Dormíamos en el suelo. En la cabecera de nuestra "cama", un clavo, y enganchada al clavo, una lata. En esa lata hacíamos nuestras necesidades. Una vez al día los falangistas nos sacaban a todos juntos para que fuésemos a vaciar nuestro puchero a las letrinas. Enseguida nos metían de nuevo al barracón y volvíamos a colgar nuestra lata. Yo tomé por costumbre, en nuestro "hotel" número 80, andar de una punta a otra por la hilera central de la barraca. Era la única posibilidad de hacer ejercicio físico que nos quedaba. Y esa costumbre de caminar de un lado a otro, cortas distancias, la he mantenido muchos años.

Capitán Manuel Blázquez Carracedo – Responsable de la clasificación de los prisioneros

El 7 de junio recibí una carta de mi madre. No sé quién la escribió pues mi querida madre era iletrada. Recuerdo, sobre todo, un detalle que me sorprendió: en la parte trasera del sobre, alguien había escrito con lápiz "Amparo". No sabía lo que podía significar. A media tarde, en doble hilera, los falangistas se presentaron delante de la barraca. Tenían una lista de más o menos cuarenta

prisioneros, y yo estaba en ella. No dudaba de lo que suponía esa selección. En un movimiento reflejo, tiré por la ventana las treinta y cinco pesetas que, a duras penas, mi madre había conseguido mandarme. Pude recuperar ese dinero unos días más tarde pues, Isaías, un camarada de la 41 división, encontró las pesetas y me las entregó. Nos condujeron a una barraca más pequeña situada cerca de la salida del campo. Una vez dentro, clavaron puertas y ventanas.

Permanecimos dos o tres días en esa situación, viviendo horas angustiosas. Desconocíamos cuándo vendrían a por nosotros para llevarnos a lo que sí sabíamos que sería nuestro último viaje. Cada día que duró ese calvario, un médico militar, un teniente que se llamaba Vázquez y, si bien recuerdo, era oriundo de Valladolid, venía a pasar lista en la barraca. Conocíamos a ese teniente pues, en los primeros días de nuestra estancia en Castuera, había estado en la misma barraca que nosotros. Poco más tarde, seguramente porque pudo obtener avales por parte de familiares afectos al régimen, fue trasladado a las oficinas del campo de concentración. De ese modo, ayudaba a las autoridades del campo, como también lo hizo un veterinario de Fuenlabrada de los Montes que conocimos en semejantes circunstancias. Le preguntábamos a Vázquez por qué nos habían metido en ese barracón. Él nos contestaba que no sabía, que pensaba que iban a destinarnos a otra cárcel. Nosotros estábamos seguros de que no nos decía la verdad, y que sabía muy bien cuál era nuestro destino. Algunos camaradas escondieron láminas de navajas de afeitar al nivel de la cintura. Con ellas pretendían cortar las ligaduras, pues sabíamos que los franquistas tenían por costumbre atar los brazos y las manos de los que iban a fusilar. Era una espera angustiosa, durísima. Los pensamientos de unos y otros se centraban en sus seres queridos. Los que habían contraído matrimonio pensarían en sus mujeres y en sus hijos. Yo tenía muy presente en la mente a mi familia. A mi padre encarcelado en Ávila. A mi madre, a quien llevaba tres años sin ver. A mis tres hermanas y a mi hermano, Félix, que solo tenía cuatro años y que apenas andaba cuando, el 6 de agosto de 1936, salí de casa para unirme a la columna Mangada. Los cinco estaban aislados en nuestro pueblecito, y cada día expuestos a la ira de los vencedores porque éramos una familia de "rojos". Fueron momentos muy difíciles.

En esas circunstancias, recuerdo que un hombre, de unos cuarenta años, que era el secretario del ayuntamiento de Villanueva de la Serena, permanecía en calma, tranquilo e intentando animarnos. Me acuerdo, igualmente, de un muchacho de 17 años que se llamaba Trujillo. Silverio Naveso Marrupe, mi camarada de Castilblanco, también estaba con nosotros. Parece increíble pero, en ese contexto, un catalán, quien creo que, durante la guerra, fue comisario político de un batallón, nos hablaba del arte, del cubismo, de Picasso. Eso era surrealista. Esa situación angustiosa duró larguísimas horas.

Francisco Sayabera Haba – Uno de los muchos que fueron asesinados en Castuera

Una mañana, cuando llevábamos dos o tres días encerrados, un capitán que iba acompañado de soldados se presentó ante nosotros y nos dijo, aproximadamente, lo siguiente: "Soy el nuevo comandante del campo. Mi misión es llevar ante los tribunales militares a los prisioneros de este campo que tengan que responder por los actos que han cometido. Si se les condena, tendrán que cumplir sus penas. Los que no sean condenados, volverán a sus hogares". A partir de entonces, para nosotros, se acabó aquella pesadilla pues nos metieron de nuevo en los otros barracones. Ese hombre, ese capitán que tomó el mando del campo de un modo tan oportuno para nosotros, se opuso a que fuésemos asesinados sin juicio alguno como, desgraciadamente, tantos lo habían sido hasta aquel día, jamás, jamás en mi vida olvidare su nombre: ¡Antonio Valverde[10]!

A lo largo de los días que siguieron a nuestra milagrosa salida de la antesala de la muerte, la situación en el interior del campo se vivió con cierto desconcierto, pues los falangistas intentaron volver a adueñarse del recinto dando palizas a diestro y siniestro. Pero, al final, Antonio Valverde consiguió imponer su autoridad a todos y, aunque a regañadientes, los falangistas tuvieron que doblegarse. Para comprender cuál era el estado de ánimo de esos canallas, basta con saber que a Antonio Valverde le tildaban de "rojo", incluso delante de nosotros. Algunos comentaban que ese capitán,

durante la guerra, fue detenido por los republicanos y que fue bien tratado por ellos, cosa que era imposible averiguar.

A partir de esas fechas, no es que nuestra situación mejorara de forma muy notable pero sí que corríamos menos riesgos y no vivíamos con la pesadilla de lo qué los falangistas, en un momento u otro, podían desencadenar. Sin embargo, la justicia de Franco seguía su camino de injusticia. Los prisioneros eran conducidos por grupos ante los tribunales militares, y no tenían garantía alguna de que sus derechos más básicos fuesen respectados. La represión, que durante tantos años recayó sobre los republicanos españoles, en Castuera, como en tantos lugares más, fue amparada por los juicios sumarísimos de los tribunales franquistas.

En aquella época, los presos del campo de concentración de Castuera eran juzgados en Mérida. Tras el juicio, los prisioneros volvían al campo, a la espera de ser trasladados a otras cárceles más seguras donde cumplir sus penas. En esos meses que siguieron el final de la guerra, debido a las dimensiones que había alcanzado la represión, las cárceles estaban repletas. Uno de los presos que había comparecido ante los jueces militares en Mérida, nos comentó que su juicio no fue otra cosa que un simple interrogatorio. No tuvo la posibilidad de defenderse. Las acusaciones, fueran cuales fueren, valían para unos y para otros. A él se le culpó de haber quemado libros santos.

En esas condiciones, permanecí en Castuera el final del verano, todo el otoño y parte del invierno, intentando engañar al hambre, matando piojos y jugando al dominó[11]. Una mañana, vigilados por los falangistas, un grupo de prisioneros, entre los cuales me encontraba, pudimos salir del recinto para cortar leña en el monte situado al sur del campo. Con esa leña se preparaba la comida. Aunque custodiados, el simple hecho de encontrarse, por primera vez desde hacía tanto tiempo, al aire libre, nos permitió gozar de un sentimiento de libertad que casi habíamos olvidado. Pienso que fue a partir de entonces cuando tuve la idea de fugarme y, de ese modo, a pesar de los riesgos que ello suponía, resolver mi destino de una vez por todas y no quedar pendiente de las decisiones de mis carceleros y de la arbitrariedad del poder franquista. También recuerdo que, en esa época, un falangista asturiano que a menudo hablaba con nosotros, nos ofreció su ayuda para fugarnos del campo. No le hicimos caso pues podía ser sincero pero igual podía tratarse de una trampa. Habíamos de ser prudentes. Desde unos días corría la voz de que iban a cerrar el campo de concentración y a trasladarnos a cárceles más seguras, entre ellas un convento que había sido habilitado para prisión. Allí, cabía la posibilidad de que fuésemos vigilados con más eficacia pues, en realidad, en sus últimos tiempos de funcionamiento, se evadían presos de Castuera con cierta regularidad. Seguramente algunos se echarían al monte y otros huían al cercano Portugal. Esto era un error, porque las autoridades lusas, Salazar y la siniestra PIDE[12], colaboraban con los franquistas y encerraban de

nuevo a esos fugitivos en Castuera. Franco y Salazar pertenecían al mismo gremio de dictadores. El jefe del campo les decía: "Por qué os escapáis a Portugal. Bien sabéis que las autoridades portuguesas cuando os detienen vuelven a mandaros a Castuera."

Cuando decidimos fugarnos, desde el principio tuvimos la intención de irnos a Francia. Estábamos en pleno invierno, sabíamos que la travesía seria larga y difícil, y que el peligro siempre estaría presente. A pesar de eso, ninguno dudó en hacerlo, salvo un capitán de la 66 Brigada Mixta, abulense como yo, era de Arenas de San Pedro, que se negó a acompañarnos. Él pensaba que no podríamos superar las dificultades que se presentaran a lo largo de nuestro camino hacia la libertad. No obstante, nos prestó un libro de geografía que nos fue muy útil pues, con la ayuda de los pequeños mapas que llevaba, pudimos trazar un itinerario y orientarnos por las zonas desconocidas que íbamos a tener que recorrer.

---

[1] El campo de concentración de Castuera fue erigido entre los meses de marzo y abril de 1939. En su construcción participaron los Batallones de Trabajadores n° 4 y n° 104 formados por prisioneros. En los primeros meses de su existencia quedó bajo el control de la 21 división franquista del Ejército del sur.

[2] A partir de la información recogida en ese impreso, las autoridades franquistas iniciaban la tarea de clasificación de los prisioneros. Además de sus datos personales: nombre, apellidos, fecha de nacimiento y nombre de los padres, el recluso tenía que mencionar si se había entregado o había sido hecho prisionero, en qué pueblos había residido desde el 6 de octubre de 1934, si se había incorporado él mismo al bando republicano o si se había visto obligado en hacerlo, en qué unidades había combatido, dónde se encontraba el 18 de julio de 1936, cuáles eran los hechos criminales que había cometido o de cuáles tuvo conocimiento. Tenía que indicar nombres de personas que pudiesen atestiguar sobre la realidad de los datos que entregaba. Con esas informaciones, las autoridades militares entraban en contacto con los alcaldes y la Guardia Civil del pueblo del recluso. Los informes que volvían de los pueblos eran determinantes para el futuro del preso. Una comisión calificadora determinaba la clasificación del preso que podía ser: 1. Preso opuesto al régimen con responsabilidades políticas – 2. Preso opuesto al régimen, sin responsabilidades – 3. Preso de adhesión al régimen dudosa – 4. Preso adicto al régimen.

[3] Calixto Bonilla Marrupe murió el 17 de enero del 1946 cerca del pueblo de Los Alares en los límites de las provincias de Badajoz, Toledo y Ciudad Real. Junto a otro guerrillero, Anastasio García Sánchez, cayó bajo las balas de la Guardia Civil. Tras su salida del campo de concentración de Castuera, Calixto, volvió a Castilblanco donde tuvo que sufrir incesantes persecuciones por parte de la Guardia Civil. En esas condiciones Calixto se echó al monte. Formaba parte, con Anastasio, de la 14 división de guerrilleros de la Agrupación de Extremadura Centro. Véase el libro de Benito Díaz Díaz: "La guerrilla antifranquista en Toledo – la primera Agrupación Guerrillera del Ejercito de Extremadura Centro" – 2ª edición – Editorial: Colectivo de Investigación Histórica Arrabal – Talavera de la Reina 2001.

[4] Desde el principio de la contienda, tanto la jerarquía de la Iglesia como la mayoría de los párrocos apoyaron el golpe de los militares. El 1º de octubre de 1938, con ocasión de un acto organizado en Burgos para celebrar el ascenso de Francisco Franco a capitán-general, Manuel de Castro Alonso, arzobispo de esa provincia, acogió a Franco diciéndole: "…En nombre de la Iglesia de España, es nuestro deber y nuestro deseo expresaros, señor, el reconocimiento agradecido de los fieles católicos por cuanto, con la espada del cruzado y las leyes del estadista cristiano, habéis hecho en pro y acrecentamiento de la fe. En el momento que la locura demoniaca parecía empeñada en perder a España, surgís, señor, por designio providencial para hacer posible la salvación de las almas que solo en Cristo se pueden encontrar. …". Esas palabras fueron pronunciadas ante la presencia del nuncio apostólico en España Gaetano Cicognani. Véase ABC de Sevilla del 2 de octubre de 1938.

[5] El papa Pio XII en un mensaje radiado el 16 de abril de 1939 se dirigió a los españoles con estas palabras: "La nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del nuevo mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba de que, por encima de todo, están los valores eternos de la religión y del espíritu…". Véase el libro de Paul Preston *"La política de venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo XX."* – Barcelona, Quinteto 2004.

[6] En el documental de Irene Cardona, *"Después de la batalla – La represión franquista en Extremadura"*, antiguos presos aportan testimonios particularmente emocionantes que relatan las durísimas condiciones de los prisioneros en el recinto del campo de concentración de Castuera. El general franquista Manuel Carracedo Blázquez, que entonces eran el capitán encargado de la clasificación de los prisioneros, contribuye con su testimonio y, a pesar de los casi setenta años pasados desde que ocurrieron los hechos, lo hace con bastante cinismo. Con media sonrisa, después de haber afirmado de forma errónea que rápidamente no quedaron más de 250 presos en Castuera, dice: "Además les dábamos de comer, porque tenían bastante hambre."

[7] El primer comandante del campo de concentración fue el capitán de la Guardia Civil Ernesto Navarrete Arcal. Ese capitán, que se puede calificar como verdadero criminal de guerra, ya se había dado a conocer en la feroz represión que llevó a cabo en el pueblo de Fuente de Cantos cuando cayó en manos de los franquistas el 5 de agosto de 1936. En aquella época, Fuente de Cantos tenía una población de aproximadamente 10.000 habitantes, aunque muchos huyeron ante el avance de las tropas rebeldes. José Luis Gutiérrez Casalá, en su libro "La guerra civil en la provincia de Badajoz" – 2ª edición - Badajoz – Universitas Editorial – 2004 – señala que Navarrete ordenó la ejecución de 302 vecinos de dicha localidad. Escribe Gutiérrez Casalá: "[…] el capitán Ernesto Navarrete Arcal colocado por las autoridades franquistas para practicar la represión por el sistema de los "paseos" sin previo juicio. Este comandante de puesto fue el prototipo de militar que colocaron en todas las localidades pacenses tras ser ocupadas por los rebeldes nacionalistas con la principal misión de "limpiar de rojos todos los pueblos"…"
No es de extrañar, por tanto, que las autoridades franquistas pusieran a Navarrete como primer comandante del campo de concentración de Castuera. Ni que bajo su control se escribieran las páginas más negras del infausto lugar. Los falangistas de los pueblos extremeños iban y venían con toda tranquilidad por el recinto del campo. Tenían listas y se llevaban a los presos que querían, y nunca se les volvía a ver ni en el campo ni en sus pueblos. Muchos testimonios confirman esta realidad. En agosto de 2011 fue descubierta una fosa en el cementerio de Castuera. En ella se hallaban 18 cuerpos. Además, es muy probable que en los pozos de las minas situados cerca del campo de concentración – La Gamonita y Tetuán – se arrojaran los cuerpos de muchos prisioneros.

[8] Según Antonio López, entre 15.000 y 20.000 presos pasaron por Castuera. A finales de julio de 1940, la cifra de presos descendió a poco menos de 3900. Cuando mi padre y sus compañeros se escaparon del campo, el 4 de enero de 1940, aún permanecían más de 4000 hombres. Ese dato consta en los documentos del expediente instruido por las autoridades franquistas para investigar esa fuga. De manera general, se calcula que a principios de 1940 la cantidad de reclusos repartidos entre cárceles, campos de concentración, batallones disciplinarios y batallones de trabajo rondaba el millón de personas.

[9] *"Redención"* era una publicación semanal editada por el Servicio Nacional de Prisiones, que estaba encabezado por el general Máximo Cuervo Radigales. Su titulo dejaba claras las intenciones de sus promotores. Para Franco, los presos eran "… seres dañinos, políticamente pervertidos y moralmente contaminados…". El padre jesuita José Agustín Pérez del Pulgar, el que fue el pensador del sistema represivo considerado como un dispositivo de recuperación de los hombres y de las almas, en su libro *La solución al problema de los presos políticos en España*, publicado en enero de 1939, escribió: "Estamos asistiendo no ya a la liquidación de una guerra civil, sino a la de una convulsión social, religiosa, política y económica, que ha sacudido al mundo entero desde sus cimientos, afectando, no solo a las pasiones, sino aún a las creencias y a las ideas. Nada tiene, pues de particular, que para componer orden en este caos, hayan sido necesarias medidas excepcionales que traen consigo, no sólo el aumento considerable del número, sino también un cambio en la psicología, estado moral y condición social de los reclusos". Véase Rafael Torres "Los esclavos de Franco" – 6ª Edición – Madrid – Oberon – 2002.

[10] La fecha del 7 de junio, como señala Antonio López, aparece en varios testimonios, entre los que se encuentra el de mi padre, como una fecha clave que corresponde al cambio de jefe en el campo de concentración de Castuera. El capitán Antonio Valverde contribuyó a controlar la arbitrariedad que, hasta entonces, era ley en Castuera. Algunos presos le llamaban "El abuelito".

[11] A parir del 1º de noviembre de 1939 el campo de concentración de Castuera pasó a ser "Prisión Central de Castuera". Pero esa nueva denominación no trajo ninguna mejoría para los reclusos. Fue el Servicio Nacional de Prisiones, vinculado al Ministerio de Justicia, encabezado por el general Máximo Cuervo Radigales, quien ejercía el control de las cárceles y de los prisioneros. El lema de Cuervo Radigales era: "Disciplina de cuartel, Serio de banco, Caridad de convento": ¡Todo un programa!

[12] PIDE: Policía Internacional y de Defensa del Estado, era la policía política del dictador Salazar. En realidad, en aquella época, no se trataba de la PIDE sino de la PVDE: Policía de Vigilancia y de Defensa del Estado. Fue en 1945 cuando la PIDE substituyó a la PVDE. Junto con Alemania e Italia, Portugal colaboró, desde el principio de la guerra, con los franquistas. Se calcula que mandaron unos 20.000 hombres, aunque esos portugueses nunca constituyeron una fuerza autónoma. Por su posición fronteriza con la zona de España que rápidamente cayó en manos de los franquistas, Portugal tuvo un gran protagonismo por la ayuda logística que en esas condiciones aportó a los franquistas. Está claro que dicha colaboración siguió entre los dos dictadores después del fin de la guerra.

**La fuga del campo de concentración de Castuera**

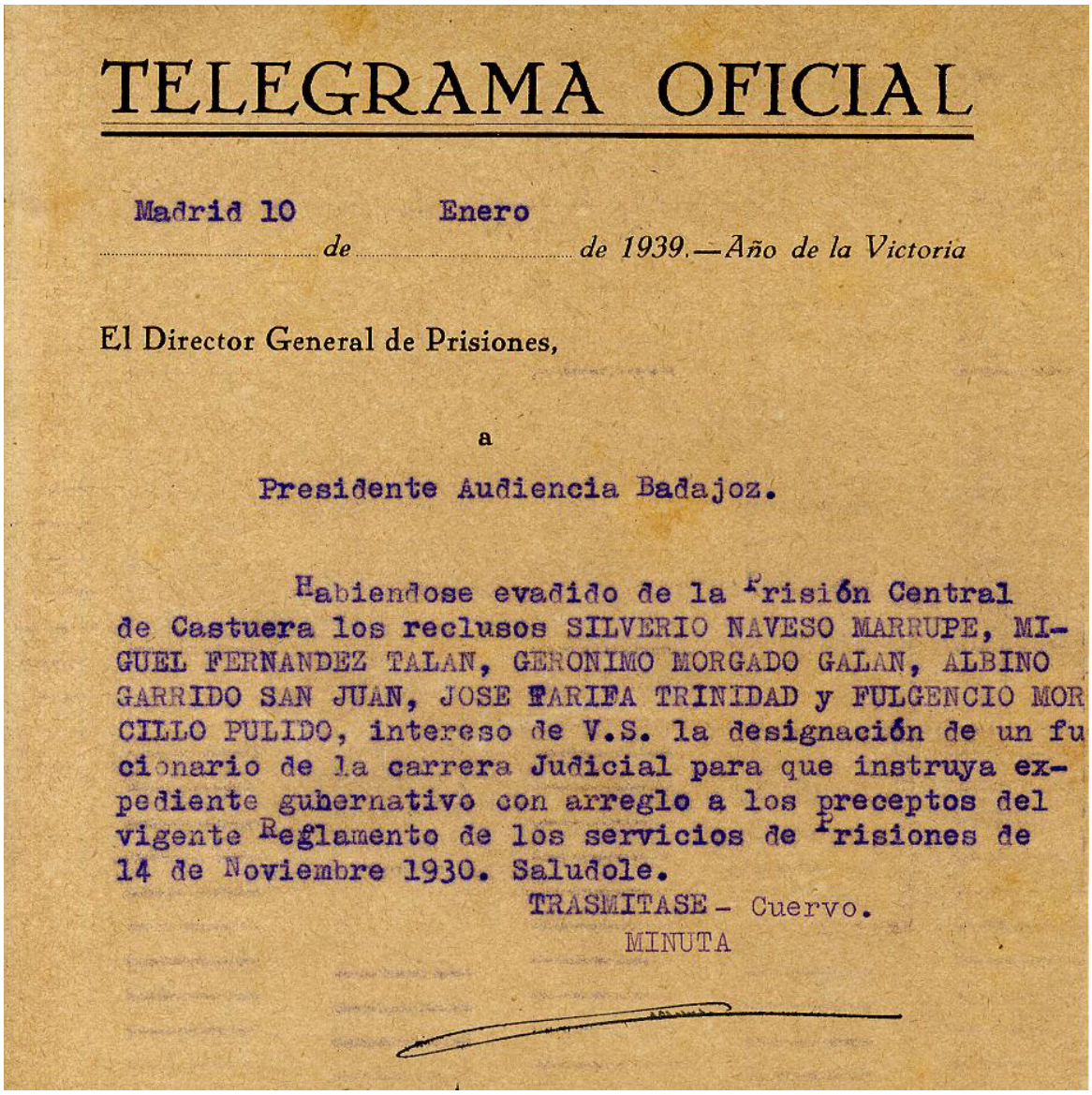
Nos escapamos al anochecer del 4 de enero de 1940. Cruzamos sin dificultad la primera hilera de alambres de espino, el foso y la alambrada exterior. Éramos seis camaradas firmemente dispuestos a lograr una huida exitosa a pesar de ser conscientes de la cantidad de kilómetros que, en pleno invierno, íbamos a tener que recorrer por zonas totalmente desconocidas hasta conseguir llegar a Francia. Los cinco camaradas que me acompañaban en tan arriesgada aventura eran todos extremeños, de la provincia de Badajoz. Miguel Fernández Talán, de Villarta de los Montes; Silverio Naveso Marrupe, de Castilblanco; Fulgencio Morcillo Pulido, de Guareña, José María Trinidad, también de Badajoz, pero no recuerdo de qué pueblo[1]. Del quinto, no recuerdo su nombre y apellidos, ni de dónde era natural[2]. Fue ese camarada el que cayó en una trampa de la Guardia Civil, que seguramente le asesinó, cuando ya íbamos por la región de los Montes Universales.

Para evitar ser vistos por los guardias, que dentro de sus garitas custodiaban la periferia del campo de concentración, José María tenía la intención de cargarse a un centinela, y para eso disponía de un cuchillo que él mismo había hecho. Le convencimos de que renunciase a su proyecto y, arrastrándonos como culebras, conseguimos pasar entre dos garitas sin que, al parecer, nadie nos viera. Muchas veces he pensado cómo fue posible que seis hombres, como éramos, pudiesen pasar desapercibidos. ¿Es que los centinelas estaban dormidos? Esos centinelas, que eran simples soldados, ¿podían habernos visto pero por simpatía pro-republicana no dieron la alerta? Nunca sabremos lo que pasó.

Después de haber cruzado la línea de las garitas, seguimos arrastrándonos, y al cabo de unas decenas de metros nos incorporamos un poco para continuar el desplazamiento a cuatro patas en dirección a la vía del tren. Por fin, nos levantamos del todo y emprendimos una marcha rápida camino a Cabeza del Buey. Un macuto y una manta, que llevábamos cada uno de nosotros, era el único equipaje del que disponíamos.

Poco antes del amanecer llegamos a los contornos de Cabeza del Buey, una zona prácticamente desértica, y nos escondimos entre unos peñascos. Habíamos recorrido aproximadamente unos treinta kilómetros a lo largo de nuestra primera noche de fuga. Permanecimos escondidos todo el día. No vimos a nadie y supongo que nadie nos vio. Sabíamos que, como todas las mañanas, al pasar lista en nuestra barraca del campo de concentración de Castuera, las autoridades del mismo estarían enteradas de nuestra fuga y habrían dado la alarma. Teníamos que ser muy prudentes en estos primeros días de fuga mientras nos encontráramos a poca distancia de Castuera. Al anochecer, con el estómago vacío, emprendimos de nuevo la marcha. Después de haber caminado unos kilómetros

dimos con unas chozas de pastores. Entablamos conversación con ellos explicándoles que nos desplazábamos hacia el sur de la provincia para participar en la recolección de las olivas y que nos había sorprendido que, al cruzar el río Zújar por el puente, lo habíamos encontrado sin vigilancia por parte de la Guardia Civil. Nos contestaron que, efectivamente, a lo largo de la guerra, e incluso durante unos meses más, estuvo vigilado, pero que eso ya se había acabado. Esa contestación nos fue muy útil porque, en realidad, íbamos hacia el norte y teníamos que pasar al otro lado del Zújar. Debido a las fuertes lluvias del invierno, el río estaba muy crecido, motivo por el cual teníamos que atravesar el puente, y saber que no estaba vigilado era casi una garantía de que no corríamos peligro. No recuerdo si esos pastores nos proporcionaron algo de alimento. Es posible que, al tener tanta hambre, comiéramos lo que fuera sin pensar.



TELEGRAMA OFICIAL

Madrid 10 de Enero de 1939.—Año de la Victoria

El Director General de Prisiones,

a

Presidente Audiencia Badajoz.

Habiendose evadido de la Prisión Central de Castuera los reclusos SILVERIO NAVESO MARRUPE, MIGUEL FERNANDEZ TALAN, GERONIMO MORGADO GALAN, ALBINO GARRIDO SAN JUAN, JOSE FARIFA TRINIDAD y FULGENCIO MORCILLO PULIDO, intereso de V.S. la designación de un funcionario de la carrera Judicial para que instruya expediente gubernativo con arreglo a los preceptos del vigente Reglamento de los servicios de Prisiones de 14 de Noviembre 1930. Saludole.

TRASMITASE - Cuervo.

MINUTA

Telegrama notificando la fuga de Albino y sus camaradas - En realidad la fecha es del 10/01/1940

Lo que recuerdo perfectamente es que, un día o dos después, en el término municipal de Chillón, encontramos repollos en una huerta. En ese lugar había una barraca pequeña que, seguramente, el hortelano utilizaba para cocinar pues allí había cazuelas, sartenes, aceite, sal…, en fin, todo lo que, más o menos, se necesita para preparar la comida. Llevábamos dos o tres días sin probar bocado y aquel fue un hallazgo de importancia, pues nos hicimos un guiso de repollo y, aunque sin pan, comimos muy a gusto. En esa misma barraca, encontré un *Quijote,* de nuestro inmortal Cervantes, y me lo llevé.

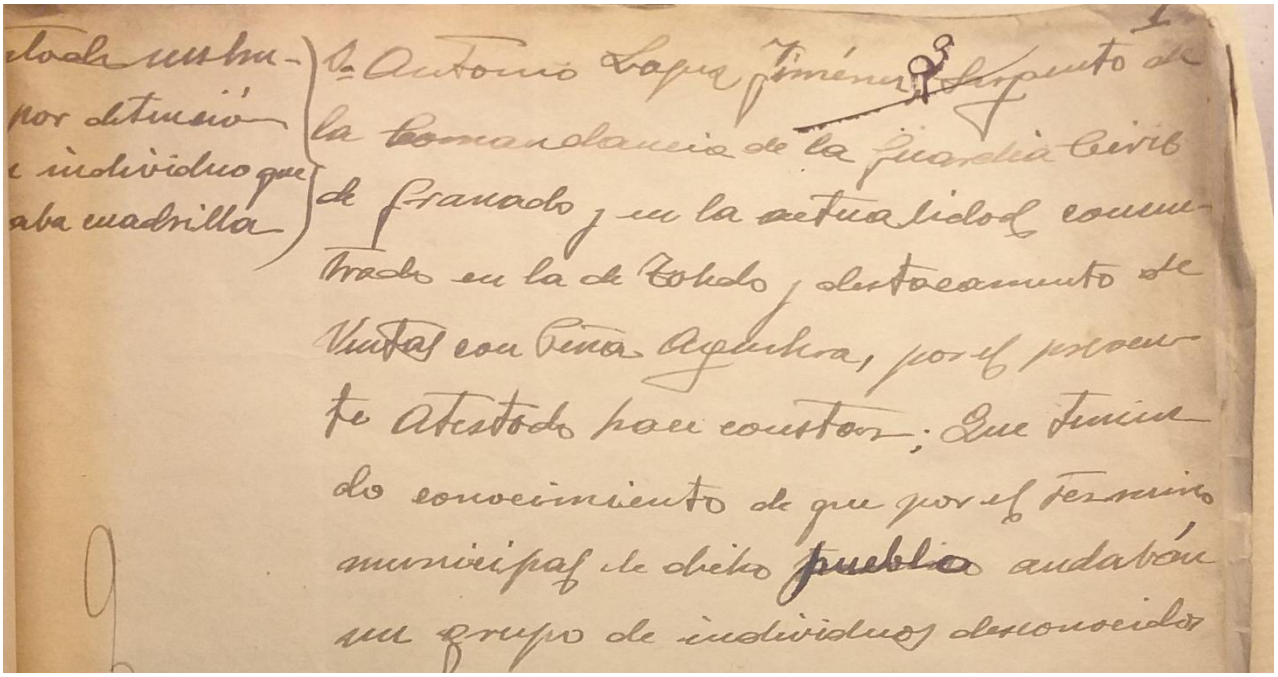
Andando siempre de noche, en los límites occidentales de la provincia de Ciudad Real, alcanzamos las proximidades de Agudo, lugar donde, al final de la guerra, estuvo ubicado el estado mayor del 7º Cuerpo de Ejército, al cual pertenecía nuestra 41 división asentada en Herrera del Duque. En Agudo, también residían la esposa y los hijos de Miguel Fernández Talán. Miguel, como era natural, quiso ir a visitar a su familia. Debatimos entre nosotros, como siempre lo hacíamos cada vez que teníamos que tomar una decisión importante para nuestra seguridad, si debíamos darle permiso para hacerlo, pues, en cierto modo, corríamos un riesgo al dejarle ir hasta el pueblo para reunirse con los suyos. Nos hizo decidirnos la confianza que teníamos en él. Al anochecer, Miguel se fue hacia el pueblo y nosotros nos quedamos escondidos en el monte. Veinticuatro horas después, tras haber pasado el día en su casa, Miguel se unió de nuevo a nosotros y nos trajo una mala noticia. Su esposa le había comentado que, al día siguiente, la gente del pueblo y la Guardia Civil iban a rastrear la zona en busca de un chaval, que era pastor y no había vuelto a su casa. Teníamos que ser muy prudentes para evitar ser descubiertos. Enseguida, emprendimos la marcha para alejarnos lo más posible de aquella zona peligrosa. No sé si fue porque andábamos por montes desconocidos o si la oscuridad de la noche nos hacía confundirnos y avanzar en sentido contrario, pero el resultado fue que nos alejamos poco de Agudo. Eso lo descubrimos cuando, a media mañana, nos despertaron los gritos de los lugareños que andaban buscando al pastor. Estábamos cobijados entre unos matorrales y el que hacía el turno vigilancia –pues siempre quedaba uno alerta mientras los demás descansaban– también se quedó dormido. ¡Vaya sorpresa! Nos encontrábamos en un atolladero. Para salir del apuro nos juntamos con esa gente que gritaba. Al cabo de un momento pudimos, poco a poco, alejarnos de ellos diciendo a los que se cruzaban con nosotros que se fuesen para el otro lado pues ya habían encontrado al muchacho. Es posible que participara en esa búsqueda gente de varios pueblos y que no todos se conocieran, eso pudo favorecer que pasásemos desapercibidos. Además, el encontrarnos en una zona con mucha maleza nos permitió desaparecer con más facilidad. Y aunque nos llevamos un buen susto, esa solo fue la primera de tantas dificultades con las que nos íbamos a tropezar a lo largo de nuestra peligrosa marcha hacia la libertad.

Los más atrevidos de nuestro grupo de fugitivos eran, sin duda alguna, Silverio y José María. Una noche, mientras nos desplazábamos hacia el norte, aún en la provincia de Badajoz, no muy lejos de Herrera del Duque, dimos con un rebaño de ovejas encerradas en un corral. Los pastores estaban descansando en una choza cercana. Nuestra intención era procurarnos algo de comida, por lo que nos dirigimos a ellos pidiéndoles si tenían la posibilidad de acogernos para pasar la noche. Nos dijeron que no, que la choza era demasiado pequeña pero que, un poco más lejos, había una finca con un pajar que estaba ocupado solo por el encargado de guardar a los cerdos. Nos presentamos ante ese hombre, y él pensó que éramos guerrilleros y enseguida nos preguntó dónde se encontraba nuestro campamento. Le dijimos la verdad, que nos habíamos fugado de Castuera y que teníamos la intención de ir a Francia. Por la conversación que mantuvo con nosotros comprendimos que ese muchacho también fue apresado al final de la guerra, y gracias a la ayuda de su padre, que conocía a gente influyente, pudo salir y le metieron en esa finca donde, en definitiva, estaba bastante tranquilo.

El chico nos dio algo de comida y nos hizo una propuesta un poco extraña. Como su amo era cazador, él le sugeriría un sitio donde podría tener suerte con la caza y, entonces, entre los seis podríamos quitarle la escopeta. Le dijimos que no, que nosotros preferíamos una pistola ya que era más fácil de esconder y manejar. Y en eso se quedó su proyecto de atraco. Siguiendo la conversación, le contamos que primero habíamos estado hablando con los pastores. Entonces nos aconsejó volver a la choza, pues temía que uno de ellos hubiera ido a denunciar nuestra visita a la Guardia Civil. Retornamos al lugar y vimos que todos los pastores estaban dormidos. Por lo que, tanto el muchacho, como nosotros, nos quedamos tranquilos. Enseguida nos propuso aprovecharnos del sueño de los pastores para hacernos con una de las ovejas del corral. Tuvimos que desistir por el ruido que provocó nuestro intento al alborotarse todo el rebaño. Recuerdo que ese buen muchacho me prestó lápiz y papel y pude escribir unas líneas a mi familia explicándoles que estaba bien, que no me tenían que contestar porque iba a cambiar de sitio. Sabía que difícilmente podrían hacerse una idea de lo que ocurría. Además, desconocían por completo la geografía española y no adivinarían por qué camino iba. El joven me prometió que llevaría la carta a Herrera del Duque. Semanas más tarde, ya desde la provincia de Teruel, volví a escribirles. Quizás comprenderían que me dirigía al norte.

Habían pasado tres o cuatro días desde que Miguel fue a visitar a su esposa y a sus hijos en Agudo. Una noche, al atravesar el cauce de un río pequeño, nos dimos cuenta de que no estaba con nosotros. Cuando nos desplazábamos, siempre amparados por la oscuridad, caminábamos uno tras otro. Y para que nuestra marcha fuera más provechosa, el que mejor andaba encabezaba la fila. Así, si uno se encontraba en dificultad, avisaba al que iba delante y las cosas se normalizaban. Miguel, al ser el mayor, a menudo iba el último. Eso explica cómo pudo apartarse de nosotros sin decir nada.

Estuvimos buscándole y llamándole algún tiempo sin resultado. Por eso, nos pusimos todos de acuerdo para seguir sin él. Siempre he pensado que Miguel, cuando regresó de su casa, ya había tomado la decisión de abandonar la fuga y volver con su familia. Se ve que no se atrevió a decírnoslo temiendo que nos opusiéramos a ello, y unos días más tarde, simplemente, nos abandonó[3].


D. Antonio Lopez Jiménez Sargento de la Comandancia de la Guardia Civil de Granada y en la actualidad concentrado en la de Toledo, destacamento de Ventas con Peña Aguilera, por el presente Atestado hace constar: Que teniendo conocimiento de que por el termino municipal de dicho pueblo andaban un grupo de individuos desconocidos

Extracto del reporte del sargento de la Guardia Civil Antonio López Jiménez que encabezaba un destacamento de 17 guardias civiles y somatenes que detuvieron a Miguel Fernández Talán

Llegamos a las orillas del Guadiana –río que nace en las lagunas de Ruidera– cerca de Castilblanco, que era el pueblo de Silverio, cuando empezaban a aparecer las primeras luces del día. Teníamos que atravesar el río. Silverio conocía perfectamente la zona y sabía que al otro lado vivía Juan, el barquero. Por eso, nos acercamos al borde y Silverio le llamó varias veces: "Juan… Juan… Juan…". Él debía estar dormido. Silverio le llamó de nuevo y, por fin, salió de su casa. Reconoció a Silverio y vino a buscarnos con su barca, que utilizaba para vadear el cauce del Guadiana cargando con personas y ganado. Ya en su casa, nos escondimos en el gallinero y Juan nos preparó unas migas. Recuerdo que, para elaborarlas, añadimos unos trozos de gallina que nos quedaban fruto de una rapiña de los días anteriores. Al estar seguros, comimos con tranquilidad y con buen apetito. Desde nuestra fuga de Castuera habíamos pasado bastante hambre y ese fue un verdadero banquete. Juan era un hombre maduro, y muy buena persona. Él había sido encarcelado, junto a otros vecinos de Castilblanco, a

consecuencia de los dramáticos acontecimientos que ocurrieron en ese pueblo extremeño el 1º de mayo. Me parece recordar que entre la Guardia Civil hubo víctimas[4]. Conocí estos hechos durante mi estancia en Castuera a través de los testimonios de varios detenidos oriundos de Castilblanco. Silverio, del cual ya he hablado en varias ocasiones, su hermano Antonio, Lucio Martínez Bravo, Calixto Bonilla Marrupe, Jesús Gil…

Descansamos todo el día y recobramos fuerzas. Silverio se quedó con nosotros y por la noche se fue a su casa, al pueblo. Tenía la intención, además de visitar a su familia, de hacerse con una pistola que había escondido y de coger un reloj, que nos sería muy útil. Al día siguiente por la mañana, Josefa, la hermana de Silverio, se presentó en casa de Juan con un saco de comida. Él se unió de nuevo a nosotros al anochecer. No había encontrado la pistola. Lo más seguro es que, cuando acabó la guerra, su familia se habría deshecho de ella al temer que pudiera caer en manos de la Guardia Civil que, como se sabe, registraba con frecuencia las casas de los "rojos". Cenamos con Juan, le dimos las gracias, nos despedimos de él con mucha emoción y salimos andando. Nos quedaba mucho camino que recorrer.

La comida que nos proporcionó Josefa nos fue muy útil. Con ella casi tuvimos bastante para cruzar los Montes de Toledo. Teníamos previsto pasar al sur de Navahermosa, un pueblo que habíamos identificado en nuestra pequeña geografía. Y así fue. En esa zona, nuestra progresión se hizo de forma regular, la orografía no era dificultosa. Recuerdo que tuvimos que atravesar el río Bullaque, que llevaba bastante agua y, además, muy fría. Como era invierno, todos los ríos iban crecidos debido a las fuertes precipitaciones. Para secarnos, nos introdujimos en un caserío y un cobertizo. La casa estaba vacía. Los labradores debían utilizarla durante el día y por la noche regresaban a sus hogares. En el cobertizo había material agrícola y, además, vimos unos letreros a favor de falange y del régimen franquista. Uno de mis compañeros, no recuerdo cuál, perdió el control y quiso romper todo el material que tenían. Nos opusimos a ello. No obstante, para acabar con su rabia, escribió en los muros algo como: "¡Viva la República! ¡Abajo el fascismo!..."

¡Fue un error monumental! De momento no nos dimos cuenta de las consecuencias que podía traer una burrada semejante. Encendimos fuego, secamos nuestra ropa y calentamos nuestros cuerpos que gran necesidad de ello tenían.

Antes del final de la noche, salimos corriendo para alejarnos lo más posible de la finca. Se puede pensar que al regresar al día siguiente a sus tareas, los labradores se llevaran una gran sorpresa al descubrir nuestras inscripciones, preguntándose qué clase de pájaros habrían pernoctado en el caserío. Lo más seguro es que avisarían a la Guardia Civil y a los falangistas de los contornos.

Seguimos caminando por la provincia de Toledo, y pasamos cerca de Los Yébenes. Ya se nos había agotado el saco de comida que nos trajo Josefa. Una noche, por aquella zona, conseguimos entrar en un pajar. En la parte alta se hallaba un palomar y, a pesar de las dificultades, pudimos coger algunos pichones. No recuerdo cómo cocinamos las aves, ni siquiera puedo descartar la posibilidad que nos las comiéramos crudas, teníamos tanta hambre…

Más allá de Los Yébenes, tomamos dirección a Consuegra, Madridejos y Mora. Por esa zona, se produce el excelente queso manchego. El día 4 de febrero, víspera de mi cumpleaños, iba a cumplir veintiuno, lo pasamos escondidos en un olivar bajo una lluvia que no dejaba de caer. Teníamos apetito, nuestros estómagos estaban vacíos. De vez en cuando, para engañar el hambre, comíamos alguna aceituna. Cuando están maduras son buenas, verdes es muy difícil tragarlas, pero no teníamos otro remedio.

Desde nuestro escondite en el olivar veíamos al otro lado de río Algodor, afluente del Tajo, unas chozas de pastores y, no muy lejos de estas, un cercado con ovejas. Eran chozas de forma circular con un techo puntiagudo, seguramente realizado con cañas de las que se encuentran en las riberas.

Ya llevábamos un mes andando y, a vuelo de pájaro, solo habíamos adelantado unos doscientos kilómetros. En realidad habíamos recorrido una distancia mucho más grande. Y eso se comprende porque siempre andábamos de noche y fuimos la mayor parte del tiempo por zonas desconocidas. Si el tiempo estaba despejado, la estrella polar nos indicaba la dirección del norte hacia donde teníamos que ir. Cuando el cielo estaba cubierto, a campo través y con pocas posibilidades para orientarnos, es posible que, a veces, incluso camináramos en dirección contraria. A pesar de eso, en general, nuestra orientación no fue muy mala. Ya he hablado de aquel libro de geografía que nos dejó mi camarada de la 66 brigada preso con nosotros en el campo de concentración de Castuera. Ese libro incluía mapas pequeños de cada zona de España. De ese modo podíamos anticipar algo con arreglo a nuestra progresión. De forma regular establecía yo los itinerarios que cada uno de nosotros llevaba con él.

No sospechábamos en la víspera de mi cumpleaños que poco después íbamos a conocer una situación particularmente dramática. Esta parte de nuestra fuga se ha quedado grabada para siempre en mi mente y, aún hoy, a pesar de los muchos años que han transcurrido, a veces me parece que la estoy viviendo de nuevo.

Estamos, pues, a 4 de febrero. El agua ha caído todo el día y nos ha empapado hasta la médula. Tenemos frío. Tenemos hambre. Al caer la noche emprendemos de nuevo la marcha. Caminamos con la intención de acercarnos a las chozas de los pastores que hemos visto, a unos dos kilómetros, al

otro lado del río Algodor. Se puede cruzar el río por un puente. Nos acercamos con mucha cautela. Y vemos que, al lado del puente, en una casucha, hay una pareja de guardias civiles. Es posible que estén allí para vigilar ese paso o unos depósitos de agua situados no muy lejos, que quizás abastecieran Mora. No sabíamos lo que vigilaban pero nosotros los vigilábamos a ellos, observando cada uno de sus movimientos. De vez en cuando, con cierta regularidad, salían, daban unos pasos, miraban a derecha y a izquierda, y volvían a meterse en la casa. Nos acercamos un poco más al puente y, a la primera ocasión, entre dos salidas de los civiles, atravesamos rápidamente el río. Al otro lado, a pocos pasos, nos cruzamos con un grupo de campesinos que, terminada la jornada de trabajo, volvían a sus hogares. Al cabo de unos minutos, llegamos a las chozas. Nuestro propósito es secarnos e intentar procurarnos un poco de comida. Los pastores y sus familias nos acogen sin dificultad y nos ofrecen cenar con ellos. Recuerdo que nos dieron una sopa de fideos con garbanzos que, además de calentarnos el cuerpo, apaciguó un poco nuestra hambre. Les explicamos cuál era nuestra situación pidiéndoles que mataran un cordero para que pudiéramos llevarnos un poco de carne. No acceden de inmediato a nuestra demanda. Nos dicen que son pequeños propietarios, que la situación está difícil y que un cordero representa mucho para ellos. A pesar de que somos cinco, no queremos imponernos por la fuerza por lo que seguimos discutiendo. Finalmente, consienten en sacrificar un cordero. Lo matan. Estamos ya comiéndonos la asadura que han preparado cuando, de forma muy violenta, se ponen a ladrar los perros de los pastores. El ama de casa sale de la choza con un farol. Nosotros, intranquilos, la seguimos. Los civiles están a unos metros de la puerta. Se dan a conocer gritando: "¡Alto! ¡Guardia Civil!" Nuestro camarada, del que desgraciadamente no recuerdo el nombre, tiene la valentía, la rabia o la inconsciencia de contestarles: " ¡Alto a tu puta madre, cabrón!" No tenemos armas, el único remedio que nos queda es echar a correr. Si hubiésemos tenido bombas de mano pienso que hubieran pasado un mal rato. Amparados por la noche, oscura como boca de lobo, corremos como alma que lleva el diablo, y nos libramos de las balas asesinas. Si el tiempo hubiese estado despejado no hubiésemos podido escaparnos todos. Corremos como locos. Hasta el punto que me hago un lío con mi manta y me doy un buen porrazo en la frente al caer al suelo. No siento ningún dolor. Seguimos corriendo. El ruido de la huida de unos y de otros contribuye a que no nos desperdiguemos. Poco a poco vamos disminuyendo la velocidad y recobrando el sentido. Entonces paramos y es cuando nos damos cuenta de que Fulgencio no está con nosotros. Fulgencio, el pescador de Guareña, ha desaparecido. ¿Lo habrán matado? ¿Lo habrán malherido y detenido? ¿Puede ser que haya corrido en una dirección distinta a la nuestra? No sabemos qué pensar, seguimos andando toda la noche. Al amanecer nos escondemos entre la maleza, al fondo de un barranco. Durante el día hemos visto pasar no muy lejos un pastor con su rebaño, nos hemos escondido un poco más[5].

Dos o tres días más tarde, debía ser alrededor del 6 o el 7 de febrero, siguiendo nuestra marcha hacia Francia, encontramos en un montículo ceniza aún caliente. Enseguida pensamos que, al estar en un lugar tan despoblado, igual tenían algo que ver con Fulgencio. La noche siguiente, al poco tiempo de emprender la marcha, nos topamos con él en los contornos de Tembleque. ¡Fue un momento de alegría increíble! Pienso que para Fulgencio, que se había encontrado aislado a consecuencia de los dramáticos acontecimientos del 4 de febrero, la dicha tuvo que ser aún mayor. Ese reencuentro fue asombroso. No sé si se puede explicar pero, lo cierto es que la fuga duraba ya más de un mes, y durante ese tiempo habíamos estado inmersos en un contexto hostil, en medio de montes y valles. Con la necesidad de sobrevivir y la búsqueda de comida siempre presentes en el pensamiento. Vivíamos, prácticamente, en un estado semisalvaje y nuestros sentidos se habían agudizado. Estábamos continuamente prestando atención al menor ruido, al ladrido de un perro, a la voz lejana de un pastor...

Muchas veces me he preguntado por qué razón la Guardia Civil consiguió localizarnos en aquellas chozas. Las inscripciones pro republicanas que pintamos días antes en la casa de labranza habían podido delatar nuestra presencia, pero también pudo ser alguna de la personas con las que nos cruzamos tras haber atravesado el puente. Lo cierto es que, en la España rural de principio de los años cuarenta, muchos republicanos se habían echado al monte para huir de las persecuciones a las que se veían sometidos. De tal modo que, un desconocido enseguida podía resultar sospechoso.

Prosiguiendo nuestra odisea hacia Francia, llegamos a la zona de Turleque y de Tembleque. Durante la guerra, como ya he contado, pertenecí a las tropas terrestres de aviación y conocía el entorno por haber estado en pequeños aeródromos de la 1ª región aérea, cuyo jefe era Antonio Molina. En esa región se cultivaba azafrán y algunos días los soldados ayudaban a los campesinos en la cosecha. El beneficio de la venta se mandaba al Socorro Rojo Internacional. Seguíamos caminando de noche y el hambre acompañaba cada uno de nuestros pasos. Todo lo que encontrábamos que pudiera comerse nos lo tragábamos. Los piojos, que no conseguíamos exterminar, (¿cómo habríamos podido eliminarlos con las condiciones de higiene en que vivíamos?) nos chupaban la sangre. Desde que nos apresaron en Castuera, eran nuestros fieles compañeros.

Andando aún en los límites de la provincia de Toledo, llegamos a los alrededores del pueblo de Lillo. En una cabaña, en el rincón de una huerta, encontramos garbanzos. Debía ser parte de la cosecha del hortelano. Durante dos días, esos garbanzos constituyeron la base de nuestra alimentación. Nos metíamos unos pocos en la boca, y allí los dejábamos un tiempo en contacto con la saliva, moviéndolos con la lengua de vez en cuando. Cuando se habían ablandado un poco, iniciábamos el duro trabajo de masticación. No era nada fácil, todos conocemos lo duros que son los garbanzos. Una

vez molidos, tomaban el camino del estómago. No tenía nada que ver con los garbanzos del cocidito madrileño.

Siguiendo nuestra marcha hacia el norte, alcanzamos la provincia de Cuenca, y rápidamente estuvimos en las proximidades de Villamayor de Santiago. Recordaba perfectamente ese pueblo al haber pasado allí varios meses en la primavera de 1938. Como ya he dicho, en Villamayor conocí a una familia muy estimable, la familia Pérez Fernández. Pilar, la madre, era viuda y vivía con sus tres hijas: Sacramento, Gregoria y Concepción, la más joven. Pilar nos cuidaba la ropa, entonces no teníamos piojos. De acuerdo con mis camaradas, al anochecer, entré en el pueblo y pronto encontré la calle y la casa de esa familia. Llamé a la puerta y me invitaron a pasar. Una vez dentro, enseguida reconocí Pilar, pero no a otras personas que estaban con ella. Reaccione rápidamente: "Buenas noches. ¿Cómo están? Voy camino a Tarancón, donde trabajo, y he pasado a saludarles". Di la vuelta y me fui para afuera, era una medida de prudencia. Creo que Pilar, en un abrir y cerrar de ojos, se dio cuenta de cuál era mi situación, por lo que me alcanzó en el umbral y me dijo: "No hijo, no te vas para tu trabajo, te habrás escapado de alguna cárcel. Vente para adentro que estamos al lado del nuevo cuartel de la Guardia Civil". Me dio una hogaza con sardinas arenques, me separé de esa buena gente y me uní con mis camaradas. Compartimos el pan y las sardinas. Fue una buena cena, ya llevábamos más de un mes sin comer pan. Esa misma noche, camino de Saelices, tuvimos que aguantar una borrasca terrible. Caían cántaros de agua y el viento era fortísimo. Cada uno se arropó con su manta pero rápidamente nos empapamos. Propuse a mis camaradas pedir albergue en la casa de caminero que habíamos visto al borde de la carretera para secarnos y descansar. Se opusieron a ello por el peligro que suponía. Así pues, seguimos andando y nos alejamos hacia un lugar más aislado. La borrasca había perdido fuerza y encendimos un fuego para secarnos un poco. Tuve que quemar medio Quijote, aquel que me encontré en la huerta de Chillón, para conseguirlo. Y fue allí, por esas tierras de La Mancha donde el caballero a la triste figura, en otros tiempos, luchaba contra los molinos de viento, que tuve yo, por pura necesidad, que sacrificar una de las obras maestras de la literatura española. ¡Que me perdone Cervantes!

Como nos encontrábamos en una zona con pocas dificultades orográficas, decidimos desplazarnos de día, en dos grupos separados pero siempre quedando a la vista uno del otro. En esas condiciones, la progresión fue favorable y no nos topamos con demasiadas dificultades.

Nos acercábamos de los Montes Universales y eso se hacía evidente tanto en el relieve como en la vegetación, pues iban aumentando. Caminando, nos encontramos con un hombre que se desplazaba con dos mulos. Era un buhonero que iba de un pueblo a otro vendiendo ropa de vestir, mantas y cosas parecidas. Procedía de Priego, en la provincia de Cuenca. Nos dijo que no era nada prudente

caminar a campo través pues, según él, la Guardia Civil andaba por la zona buscando a gente que se había escapado de la cárcel. Le contestamos que no se preocupase, que íbamos a trabajar a Tragacete y que si andábamos a campo través era para acortar camino. Le compramos un poco de pan y seguimos nuestro camino y él el suyo. De todos modos, tuvimos en cuenta su advertencia. La accidentada y arbolada zona por la que transitábamos era propicia para esconderse. Y si lo era para nosotros, también lo era para los demás. Nos detuvimos en medio de la vegetación para comernos el pan, lo que hicimos con ganas. A unos doscientos metros, en un claro del bosque, vimos un hombre partiendo leña. Un camarada, el extremeño de quien no recuerdo el nombre, tuvo la idea de acercarse a aquel leñador para pedirle un pitillo. ¡Maldito tabaco! Fue, habló con él, posiblemente le diera un cigarrillo, y volvió hacia nosotros. No sé cómo ocurrió, pero se desorientó, hizo una contraseña a la que recurríamos cuando deseábamos juntarnos unos con otros. Le respondieron. Se fue en dirección al lugar de donde provenía ese sonido y, sin saberlo, se metió en la boca del lobo. A muy corta distancia de nuestro escondite, oímos un contundente: "¡Alto! ¡Guardia Civil!" que nos atemorizó. Aquel pobre extremeño, nuestro camarada de Castuera, había caído en la trampa de los agentes. No sabíamos cómo reaccionar, si echar a correr o quedarnos quietos a la espera de que se alejaran ellos. Decidimos irnos con mucha precaución hasta que alcanzamos un punto alto desde el que podíamos vigilar los contornos, y ahí nos quedamos. Al atardecer, oímos tiros por el monte. ¿Es que nuestro camarada había intentado fugarse? Pensé que lo habían asesinado. Fue el segundo camarada que no pudo llegar con nosotros a Francia y, desgraciadamente, no recuerdo su nombre[6].

Cuando recuperamos el sentido, tras la huida del lugar donde cogieron a nuestro camarada, nos dimos cuenta que habíamos dejado allí los macutos y las mantas. Volver para recuperar el equipaje representaba un peligro pero, por otra parte, seguir andando en pleno invierno en una zona montañosa y fría sin ni siquiera una manta nos parecía imposible. Entonces decidimos retornar a nuestro escondite y lo encontramos tal y como lo habíamos dejado. Los guardias civiles no lo habían descubierto. Perdimos a un camarada pero, al fin y al cabo, se puede decir que tuvimos la fortuna de no caer todos en la redada. Una vez más, la suerte nos acompañó.

Sin embargo, en cuanto analizamos con más calma la situación, fuimos conscientes de que otra dificultad se nos iba a presentar rápidamente. Al igual que todos nosotros, nuestro camarada llevaba el itinerario previsto de la fuga. Al registrarle, seguramente los civiles habrían comprendido que íbamos hacia el norte. Por eso decidimos seguir andando con mucha precaución. Al cabo de unos kilómetros, tras avanzar por una zona accidentada, con mucho bosque, alcanzamos la orilla de un río. Sus dos márgenes estaban cubiertos de maleza. Anduvimos río arriba prestando mucha atención a lo que nos rodeaba. Pronto llegamos cerca de un puente[7]. Nos fijamos en que, no muy lejos de allí, al otro lado del río, había una casucha. Por el humo que salía por la chimenea supimos que estaba

ocupada. Los huéspedes eran guardias civiles que se estaban calentando a la vez que vigilaban el puente. De vez en cuando, uno salía, echaba una mirada, y volvía a meterse. No cabía duda alguna, ¡Nos estaban esperando! Aprovechamos su descuido para pasar ágilmente por ese pequeño puente y escabullirnos entre la maleza. No se enteraron de nada. Parece mentira pero así fue. Todo estaba previsto para atraparnos, y, una vez más, la suerte se inclinó a nuestro favor.

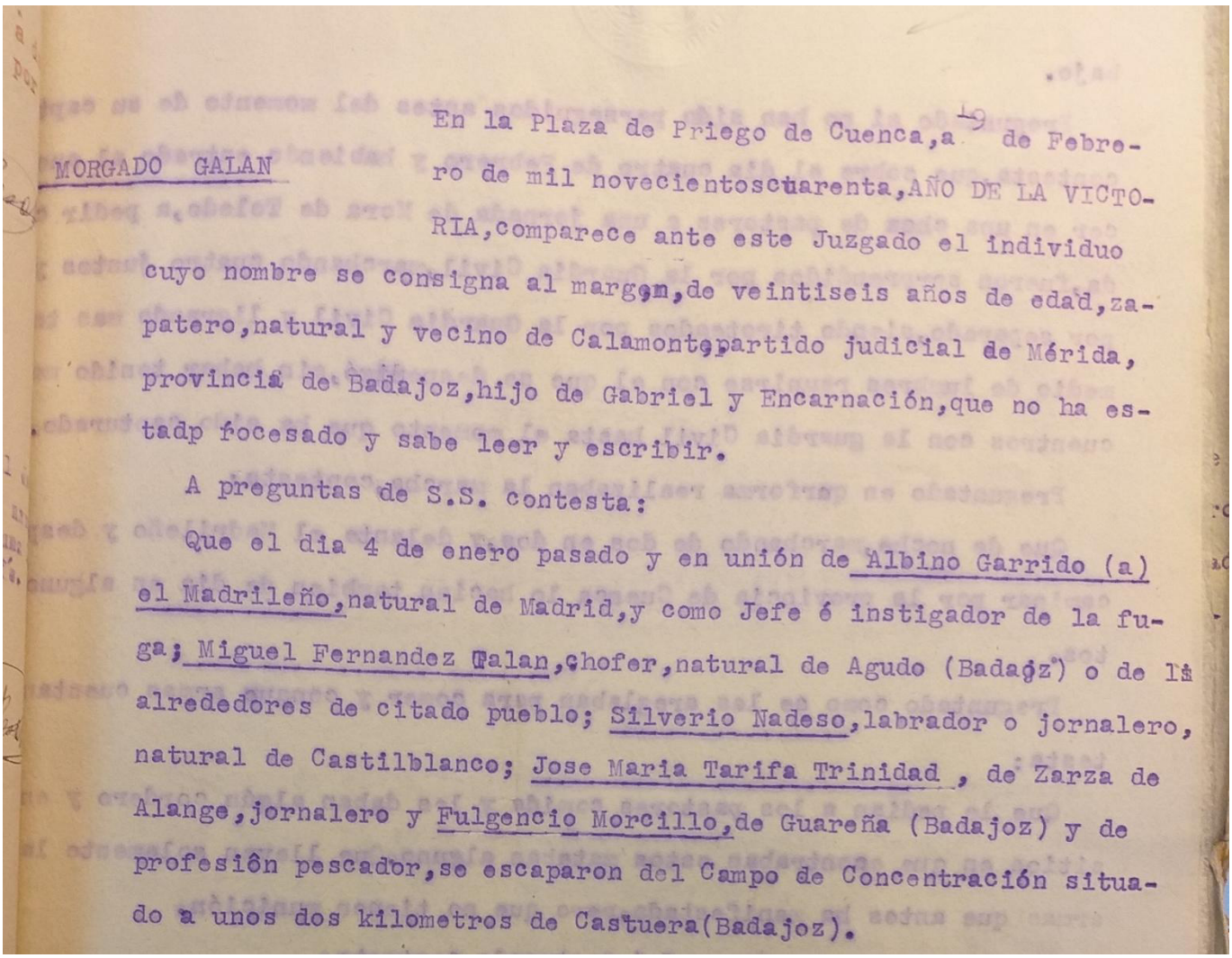
Retrato de Jerónimo Morgado Galán realizado en la prisión provincial de Cuenca por el artista, también preso, Emiliano Lozano Moreno – La fecha es del 5 de agosto de 1940

Seguimos caminando ya por tierras de Teruel. La zona era muy montañosa. En invierno, sobre todo por la noche, en aquellas latitudes las temperaturas bajan bastante. Y durante el día suben algo, pero poco. Además de seguir luchando contra el frío, teníamos que seguir luchando contra el hambre, y combatir el frío con el vientre vacio es aún más difícil. Sin embargo, a pesar de esos aprietos, nuestra voluntad permanecía intacta. A ello contribuía el fuerte vínculo que se había establecido entre los cuatro que ahora quedábamos. Tantas pruebas nos habían curtido: los muchos peligros de la guerra, las condiciones infrahumanas de nuestra estancia en Castuera, donde permanecimos nueve meses a merced de los falangistas, las dificultades de nuestra larga fuga. Y, por lo tanto, me parecía que, en nuestro caso, había como una incógnita. Éramos dos comunistas, un socialista y un anarquista. Todos sabemos hoy cuáles fueron los conflictos entre nuestros respectivos partidos, las peleas, tanto en las altas esferas del Estado y de la jerarquía militar, como en las mismas unidades que combatían sobre el terreno. A lo largo de nuestra increíble odisea, hubo discusiones entre nosotros, a veces muy tensas, pero jamás nos peleamos. Era una cuestión de solidaridad profundamente humana. En cierto modo, cada uno de nosotros tenía entre sus manos la suerte de sus compañeros de fuga. Fue eso, esa solidaridad, la que asentó el logro de nuestra huida.

Teníamos previsto cruzar el Tajo por la zona de Tragacete. Alcanzamos su orilla izquierda y fuimos andando río abajo hasta que llegamos a un molino. Allí pudimos atravesar sus aguas sin dificultad alguna debido a su leve anchura ya que nos hallábamos cerca de su nacimiento. Durante esos días que anduvimos por los Montes Universales nuestra primera preocupación fue encontrar alimento. No recuerdo muy bien qué pudimos comer por esa zona. Lo que se me ha quedado inscrito en la mente es que, una noche, en que nos encontrábamos ya por los alrededores de Calamocha, aún en la provincia de Teruel aunque cerca de la de Zaragoza, dimos con una casa de pastores. Es posible que aquella gente nos diese algo de comida, no recuerdo. Lo que sí recuerdo es que le pedí a un muchacho que me vendiese sus albarcas, pues mi calzado estaba prácticamente destrozado tras haber recorrido tanto camino con él. Insistí, necesitaba esas albarcas. El muchacho titubeo pero al final consintió en vendérmelas. Pagué el calzado gracias a que me quedaba algo de las treinta y cinco pesetas que me mandó mi madre a Castuera. Al entregármelas, aquel muchacho se hizo una pregunta que me pareció extraña:"¿A dónde irán a parar mis albarcas? Ahora puedo decírselo. Sus albarcas fueron a parar al campo de concentración de Gurs, en Francia, en los Pirineos Atlánticos, donde también llegó un pellejo de oveja que me encontré en la provincia de Ciudad Real, y que utilizaba para tumbarme en el suelo. Abandoné, tanto las albarcas, como esa piel, suave como un guante, en el campo de concentración de Gurs. Pero aún no estamos en ello.

Andando hacia el norte, nos adentramos en la provincia de Zaragoza por la región de las lagunas de Gallocanta, zona que habíamos identificado gracias a nuestro libro de geografía. Un día, por aquellos

contornos, al anochecer, nos acercamos de una granja aislada cuya puerta estaba cerrada con llave. Todos juntos arremetimos contra ella y, a empujones, conseguimos abrirla. Encontramos algo de comida que compartimos. Además, yo hallé una mochila pequeña, con un poco de pan, y me la puse al hombro. Ya era de noche. Al volver a su casa los pastores, nos sorprendieron. Un hombre muy jovencillo, casi un chaval, al ver que llevaba yo la mochila me dijo de forma muy violenta: "Esa mochila es mía. Vayan ustedes a robar a casa de los ricos, que nosotros somos pobres". Fue un momento moralmente dramático, el alma se me cayó al suelo. Le contesté, con la mochila en la mano para entregársela: "Tienes razón, este macuto y este pan son tuyos. Te los devuelvo". Entonces, José María, sacando de su bolsillo una pistola, que días antes nos habíamos encontrado en una casucha de caminero y no llevaba munición, ordenó: "Eso era tuyo, pero ahora es nuestro, y a callar, o de lo contrario…". Así salimos de ese mal apuro, aunque tuvimos que echar a correr perseguidos por los pastores y sus perros.



MORGADO GALAN

En la Plaza de Priego de Cuenca, a 19 de Febrero de mil novecientosctarenta, AÑO DE LA VICTORIA, comparece ante este Juzgado el individuo cuyo nombre se consigna al margen, de veintiseis años de edad, zapatero, natural y vecino de Calamonte, partido judicial de Mérida, provincia de Badajoz, hijo de Gabriel y Encarnación, que no ha estadp focesado y sabe leer y escribir.

A preguntas de S.S. contesta:

Que el dia 4 de enero pasado y en unión de Albino Garrido (a) el Madrileño, natural de Madrid, y como Jefe ó instigador de la fuga; Miguel Fernandez Talan, Chofer, natural de Agudo (Badajoz) o de la alrededores de citado pueblo; Silverio Nadeso, labrador o jornalero, natural de Castilblanco; Jose Maria Tarifa Trinidad, de Zarza de Alange, jornalero y Fulgencio Morcillo, de Guareña (Badajoz) y de profesiôn pescador, se escaparon del Campo de Concentración situado a unos dos kilometros de Castuera (Badajoz).

Extracto de la declaración de Jerónimo Morgado Galán

Nos encontrábamos en una zona más llana, el agua escaseaba. Recuerdo que a veces tuvimos que beber en charcas donde se abrevaba el ganado. Nos faltaba también la comida.

Algunos días más tarde, también de noche, cerca de Daroca, siempre por la provincia de Zaragoza, encontramos un cercado con un rebaño de ovejas. A lado del cercado había una casucha. Entramos en ella, estaba vacía. Los pastores debían habitarla cuando venían a cuidar de los animales y por la noche volverían a sus casas. Dar con ese rebaño aislado fue un hallazgo. Aprovechamos para matar uno o dos corderos, no recuerdo. Les quitamos el pellejo y los descuartizamos. La casa tenía una chimenea donde los asamos utilizando para la lumbre un montón de leña que se hallaba en el exterior. El asado no nos salió muy bien, tampoco disponíamos de sal, pero comimos a rompe tripa y bebimos agua de una fuente. Llevábamos mucho tiempo sin tomar carne y eso nos procuró bastante energía. Cuando acabamos nuestra cena, faltaba poco para el amanecer. Entonces decidimos permanecer allí. Acabamos la noche y pasamos el día siguiente escondidos entre el bálago en un pajar cercano, donde también metimos los pellejos y las tripas de las ovejas. Sin duda, corrimos un riesgo muy grande al quedarnos tan cerca de donde habíamos cometido nuestra fechoría, y tuvimos muchísima suerte de no ser descubiertos. Por la mañana, los pastores regresarían al corral y se darían cuenta de parte de lo que allí había ocurrido, pero igual pensarían que los maleantes que actuaron de tal modo se habrían alejado del lugar, sin saber que estábamos a unas decenas de metros de ellos. También habrían podido necesitar paja o, sus perros, habernos olfateado. Pero no ocurrió nada.

Pasamos, pues, todo el día escondidos en la paja y, a la noche siguiente, con nuestra carga de carne mal asada, salimos andando de nuevo. Nos íbamos acercando al Ebro, uno de los ríos más importantes de España. Y sabíamos que ese era un obstáculo mayúsculo en nuestro avance hacia Francia. Al cabo de pocas noches de marcha alcanzamos su margen derecho. Ya no nos quedaba carne. Las últimas tajadas tuvimos que comérnoslas aunque cagadas por las moscas. En nuestra situación, no debíamos prestar atención a esos detalles. Permanecimos escondidos cerca de la orilla, al lado de una carretera y de la vía del tren. Nadie nos vio. Estábamos a unos cinco o seis kilómetros, rio abajo, de Zaragoza, la gran ciudad, la capital aragonesa.

Amparados por la oscuridad, salimos de nuestro escondite para intentar cruzar el Ebro. Debido a las lluvias del invierno, el río llevaba mucha agua, su caudal era impresionante. En semejantes circunstancias, la experiencia de Fulgencio, pescador profesional en el Guadiana, fue imprescindible. Estaba seguro de que siguiendo la orilla daríamos con una barca. ¡Y así fue! Nos subimos los cuatro y, remando lo más ágilmente posible, con la certeza de que Fulgencio dominaba la situación, conseguimos alcanzar la orilla opuesta. Ahora puedo decir que durante esa travesía las pasé muy

estrechas. Nunca había visto yo un rio tan grande, y no sabía nadar. Para que la corriente no se llevase la barca la atamos a un árbol del margen izquierdo con el fin de que su propietario pudiera recuperarla. Anduvimos todo el resto de la noche para intentar alejarnos del río, pero no lo conseguimos por lo que, al amanecer, decidimos escondernos en un carrizal para pasar el día.

A media tarde fuimos descubiertos por un hombre que se acercó a nosotros diciéndonos: "Tienen ustedes suerte, iba yo a prender fuego al carrizal cuando he visto que las cañas se movían por aquí y he venido a constatar lo que pasaba". Le dimos las gracias por su atención y le contestamos que podía hacerlo, que íbamos a Zaragoza para trabajar y que habíamos hecho un alto para descansar. Nos alejamos una centena de metros y nos escondimos de nuevo esperando que llegara la noche para reemprender la marcha. Lo que hicimos horas más tarde. La vega que bordeaba el Ebro estaba, en gran parte, inundada. Había senderos que seguíamos durante un tiempo hasta llegar a algunas áreas por las que no podíamos pasar porque se hallaban completamente anegadas. No había más remedio que dar media vuelta. En esa zona tan peculiar, la oscuridad de la noche dificultaba nuestra orientación. Tomábamos otra senda y de nuevo nos topábamos con agua. Estábamos dando vueltas, por lo que resolvimos andar de día para orientarnos mejor y, por fin, salir de las inmediaciones del río y de esos terrenos pantanosos. Teníamos hambre. Si bien recuerdo, no habíamos comido otra cosa que algunas cebollas que encontramos en un pequeño cultivo. Y si había cultivos, tenía que haber caminos por los que los campesinos pudieran acceder a ellos. Esa era la solución, por esos caminos nosotros saldríamos de la ratonera.

Llegamos al límite de un campo y nos escondimos detrás de un seto. En esa tierra, un hombre labraba con un par de mulas. Observamos su movimiento y, cuando el momento fue propicio, aprovechamos que no nos veía, saltamos al otro lado del seto y cogimos su mochila, que tan solo estaba a unos metros de nosotros. En esa mochila, el labrador llevaba su comida: una tortilla, un puñado de aceitunas, pan y una botella de medio litro de vino. Era poco para repartir entre cuatro, pero nos cayó muy bien en el estómago. El pobre hombre se quedaría sin comer, pero tendría la posibilidad de hacerlo por la noche. Nosotros no sabíamos lo que podríamos tomar más tarde. Era una obligación vital actuar de semejante manera, y esa comida, aunque ligera, nos dio ánimos para seguir buscando una salida. Avanzamos por un caminito y llegamos a un canal que cruzamos por un puente construido con traviesas de ferrocarril y otros materiales parecidos. Un poco más lejos, encontramos y seguimos una senda muy estrecha, apenas visible, seguramente el camino de alguna alimaña, una zorra o algo parecido. De esa manera, pudimos alejarnos y dejar a nuestras espaldas el río y sus inmediaciones. Huir de esa zona tan cercana a Zaragoza, tanto que, por las noches podíamos ver sus luces, fue un gran motivo de satisfacción, ya que, para nosotros representaba una amenaza.

Acabábamos de superar una dificultad que de ningún modo habíamos previsto. Ahora puedo decirlo, eso daba un poco de sabor a nuestro viaje.

Ya estábamos en la recta final. La que andando hacia el norte nos llevaría a las primeras estribaciones de los Pirineos y, un poco más lejos, nos permitiría alcanzar nuestra meta al cruzar la frontera francesa. Camino hacia el norte recuerdo que pasamos en plena noche, cosa que prácticamente nunca antes hicimos, por el pueblo de Leciñena. No vimos a nadie, a esa hora avanzada los vecinos estaban durmiendo, y los perros igual, pues no delataron nuestra presencia. A partir de allí, nos dirigimos poco a poco hacia la izquierda, hasta llegar al cauce del río Gallego, que baja del Pirineo para unirse con El Ebro, y lo seguimos cierto tiempo. Nuestro propósito era pasar cerca de Ayerbe. Habíamos visto que, en las proximidades de ese pueblo de la provincia de Huesca, se hallaba un cerro en el que podríamos descansar, además de ser un buen punto desde el que vigilar los alrededores. La zona por donde caminábamos se iba volviendo más accidentada. No recuerdo lo que comimos en esos días, supongo que el fruto de alguna rapiña, como era habitual a lo largo de nuestra marcha. La presencia cercana del Pirineo nos permitía encontrar agua sin dificultad y, además, de calidad. Atravesamos el río Gallego y, siempre progresando hacia el norte, pasamos cerca de Jaca, donde fueron fusilados los capitanes Galán y García Hernández. Eso ocurrió poco antes del advenimiento de la segunda República. Esos dos capitanes fracasaron en un intento para derrocar a la monarquía, por lo que fueron condenados a muerte por el régimen de Alfonso XIII, y fusilados.

Más allá de Jaca, seguimos nuestra marcha por unas zonas bastante escarpadas. Comida había poca, pero agua a voluntad. Anduvimos bastante tiempo siguiendo el ferrocarril en dirección a Canfranc. A veces pasábamos por los túneles para evitar subir y bajar por el monte. No recuerdo si andamos a oscuras o si, por un medio u otro, conseguimos darnos luz. Una noche, ya no muy lejos de la frontera, dimos con una casa que tenía un cercado para el ganado. Las puertas de la vivienda estaban abiertas. Entramos. Los amos debían dormir en el piso de arriba. Nos encontramos, dentro de una artesa de madera, un montón de harina, seguramente en espera para preparar la masa del pan al día siguiente. Hubiésemos preferido encontrar un par de panes pero nos conformamos con la harina, pues fue el único alimento con el que contamos hasta nuestra llegada a Francia. Nos metíamos un puñado pequeño en la boca, bebíamos un trago de agua o añadíamos un poco de nieve y, más mal que bien, conseguíamos que se mezclara antes de ir tragándolo poco a poco. No podíamos proceder de otra forma.

Llegamos de noche a Canfranc sin saber exactamente dónde nos encontrábamos. Adivinábamos que la frontera ya estaba muy cerca, al otro lado de la montaña. En el valle por donde caminábamos, entre las dos lomas montañosas, el pasaje era bastante angosto. Había sitio para la carretera, que

bordeaban algunas casas, el ferrocarril y el río. Intentamos pasar siguiendo la vía del tren rodeada por maleza. De forma extraña, pronto tuvimos que andar sobre una multitud de latas de sardinas que cubrían el suelo. En esas condiciones, el ruido que producía nuestra marcha podía delatarnos. Algunos metros más lejos el terreno estaba despejado, no había maleza. Teníamos que abandonar esa ruta por miedo a correr el riesgo de ser descubiertos tan cerca de la meta. Así que decidimos dar media vuelta e intentar pasar, a la derecha de Canfranc, por la montaña. En mitad de la falda hallamos una cabaña que debía ser utilizada por pastores, aunque en pleno invierno aquello estaba desierto. Pasamos toda la noche en esa cabaña, arropados con nuestras mantas y pegados los unos a los otros para resistir mejor el frío. Al amanecer, continuamos ascendiendo. A veces íbamos descalzos porque con las albarcas nos resbalábamos en la nieve. Seguimos subiendo, nos cruzamos con una cabra montesa que, supongo, se quedó sorprendida al ver a esos hombres por semejantes alturas y en condiciones tan inhospitalarias. A nosotros esa cabra nos rememoró el hambre que teníamos, con parte del animal hubiésemos hecho buen guiso. Solo nos quedaban unos puñados de harina, aunque pronto podríamos comer mejor, estábamos seguros de ello.

Nos desplazábamos sobre la vertiente donde daba el sol, caminando con dificultad. Alcanzamos la cumbre. Teníamos que descender por la cara que quedaba a la sombra con nieve helada y hielo. ¿Cómo bajar por ese declive tan fuerte? Decidimos afilar unas ramas a modo de rudimentario piolet, para que, hincándolas en la nieve, nos ayudaran a ir descendiendo poco a poco andando para atrás. El que se atrevió a intentarlo primero fue José María. La nieve estaba durísima. Al cabo de unos pasos los palos ya no le sirvieron para nada y cayó rodando a gran velocidad. Tuvo la suerte en su caída de no chocar contra ninguna roca o tronco de árbol. Nosotros seguimos con inquietud sus peripecias, pensábamos que se iba a matar. Cuando llegó abajo, al cabo de unos segundos, se levantó. Ese movimiento tan natural nos dio una alegría inmensa. José María salía ileso de su aventura. Ni podíamos intentar ir a por él, ni podíamos dejarle donde estaba. Probamos a descender por otro sitio. Así, José María subiendo poco a poco, y nosotros bajando con cautela, conseguimos juntarnos de nuevo. ¡Fue una satisfacción mayúscula!

Ese intento nos basto para comprender que no podríamos pasar por la montaña para llegar a Francia. Teníamos que volver atrás y hacerlo de noche por el valle. A media tarde, empezamos a bajar por donde, la víspera, habíamos ascendido y llegamos de nuevo a la cabaña, donde descansamos esperando que oscureciera. De nuevo estuvimos en Canfranc. Pasamos por la derecha de la inmensa estación y de varias construcciones contiguas. Luego, por una zona de huertos. De vez en cuando aparecía un letrero con nombre de oficiales: capitán fulano, teniente mengano…, por ello deducimos que debíamos encontrarnos en una zona de presencia militar. Posiblemente Canfranc albergaba algún batallón de trabajadores forzosos, de presos republicanos condenados a duras penas

de trabajo. Además, esos presos debían cuidar de los huertos de los oficiales que mandaban las tropas que les custodiaban. En plena noche, todos, presos y guardianes debían dormir y teníamos que aprovecharnos de su sueño para alejarnos de la zona, lo que conseguimos sin dificultad. Más lejos, atravesamos el río Aragón, un afluente del Ebro. Había poca profundidad pero el agua estaba helada y la corriente era muy fuerte, un verdadero torrente. Tuvimos que cogernos unos a otros por las manos para no ser arrastrados.

En la orilla opuesta, a muy corta distancia, un carabinero salió de su garita, encendió la luz, echó una mirada a derecha e izquierda, apagó la luz y volvió al interior de su casucha. Nos habíamos pegado al suelo en espera de que la situación nos fuera más favorable. Cuando el carabinero desapareció, nos levantamos y andamos por un camino empedrado que subía de forma progresiva. Caminamos un buen trecho y, de repente, en el borde de la carretera, vimos un mojón que indicaba: "Francia – Un kilometro". ¡Nuestra alegría fue intensa, indescriptible! ¡Saltábamos, nos abrazábamos!

Era el 22 de marzo de 1940. Nuestra odisea, iniciada el 4 de enero al fugarnos del campo de concentración de Castuera, concluía favorablemente. Habían sido setenta y nueve días y setenta y nueve noches de vagabundeo. El hambre, el frío y los piojos, que nos chupaban la sangre, habían sido nuestros fieles compañeros de viaje. Hacía casi un año que llevábamos sobre el cuerpo las mismas prendas, y hoy, ya más que ropa, eran jirones.

Nuestra aventura terminaba después de haber atravesado tantas zonas donde el peligro precedía cada uno de nuestros pasos. Habíamos llegado a Francia, pero faltaban dos camaradas. Miguel, quien seguramente nos abandonó para volver a su casa, y nuestro compañero extremeño, que cayó en la trampa de la guardia Civil y debió ser asesinado en los Montes Universales[8].

Era el 22 de marzo, y para nosotros, que acabábamos de escaparnos del infierno franquista, la naciente primavera de 1940 era la promesa de muchas esperanzas. Aquel día aún no sabíamos por qué calamitosos caminos íbamos a tener que seguir andando en los meses y los años siguientes.

Itinerario aproximativo de la fuga desde Castuera a Urdos – 4 de enero 1940 al 22 de marzo de 1940

[1] José María Trinidad nació el 20 de diciembre 1909 en Zarza de Alange, en la provincia de Badajoz. Teniente a partir de enero de 1937 –Véase *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* – n° 299 del 15 de noviembre 1938– José María estuvo preso en el campo de concentración de Castuera, en compañía de su hermano mayor, Juan, que pasó 10 años en las cárceles franquistas. Desde aquí, quiero transmitir mi agradecimiento a Juan Tarifa Seguro, hijo de Juan y sobrino de José María, por haberme comunicado esos datos.

[2] Ese hombre se llamaba Gerónimo Morgado Galán. Véase el expediente hallado en el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares, en octubre de 2008, por Antonio López Rodríguez. Ese expediente, está relacionado con la fuga del 4 de enero de 1940. Los nombres y apellidos de los seis fugitivos son mencionados varias veces. Hemos pensado mucho tiempo que el sexto fugitivo pudiera ser Dimas Cordero Gallego. Efectivamente, en su libro ya mencionado, *La guerra civil en la provincia de Badajoz – Represión republicano-franquista*, José Luis Gutiérrez Casalá da los nombres de algunos fugados del campo de concentración de Castuera, y con fecha del 5 de enero (la fuga se produjo el 4 pero se constató un día después) aparecen Fulgencio Morcillo Pulido, Miguel Fernández Talán y Dimas Cordero Gallego. No se menciona ni a José María Tarifa Trinidad ni a mi padre. Según Gutiérrez Casalá, Silverio Naveso Marrupe se evadió de Mérida el 13 de marzo de 1940. La lista de Gutiérrez Casalá está incompleta y contiene errores. Silverio Naveso fue el único de los fugados que mi padre consiguió localizar más tarde, a finales de los años ochenta. Silverio residía entonces en Mirepoix, en el departamento de la Ariège.

[3] Efectivamente, Miguel Fernández Talán abandonó la fuga en los últimos días de enero de 1940. Fue hecho prisionero el 30 de enero en la finca "El Molinillo", en la zona del Río del Milagro de la provincia de Ciudad-Real, en el límite con Toledo. La detención fue realizada por un destacamento de 10 guardias civiles dirigidos por el sargento Antonio López Jiménez, que estaba destinado en la cercana localidad de Ventas de Peña Aguilera. Además de estos diez militares, cuyas identidades figuran en el informe elaborado por el sargento Antonio López Jiménez, siete civiles participaron en la cacería. Esto pone de manifiesto las dificultades a las que se enfrentaron los fugitivos y los peligros que corrieron durante los 79 días de su marcha hacia Francia. [Véase el expediente 9398/3491 de Miguel Fernández Talán -Archivo del Tribunal Militar 1º de Madrid- Ministerio de Defensa - Madrid]. Tras esta detención, Miguel Fernández Talán fue llevado de nuevo al campo de concentración de Castuera. El 15 de abril de 1940, al ser interrogado por el juez de instrucción de Mérida, donde había sido trasladado el 1 de abril, declaró, entre otras cosas, que no sabía nada de sus cinco fugados y, en particular, qué dirección habían tomado. En ese momento, mi padre y sus tres compañeros estaban ya en Francia, internados en el campo de concentración de Gurs. Miguel fue llevado ante un consejo de guerra a principios de 1941 y condenado a 30 años de prisión por "adhesión a la rebelión". El 23 de septiembre de 1941 fue trasladado a la prisión de Puerto Santa María, en la provincia de Cádiz. Miguel murió allí el 27 de agosto de 1942 de tuberculosis. La cárcel del Puerto de Santa María fue una de las más inhumanas de la dictadura franquista. Muchos prisioneros murieron allí debido a las pésimas condiciones de higiene. Quiero agradecer a Julián Chaves Palacio, profesor de la Universidad de Extremadura, la información que me ha proporcionado sobre el consejo de guerra al que fue sometido Miguel.

[4] Los acontecimientos de Castilblanco, en realidad, se desarrollaron el 31 de diciembre de 1931. Cuatro guardias civiles fueron linchados por la muchedumbre. A la iniciativa de la FNTT de Badajoz, la gente del pueblo se manifestó para protestar contra el retraso de la reforma agraria. Según testigos, la manifestación se estaba acabando cuando un guardia civil disparó acabando con la vida de un vecino de Castilblanco, por lo que la muchedumbre se abalanzó sobre la Guardia civil matando a cuatro de sus efectivos. Véase el artículo de Marie Claude Chaput publicado en *"Centros y periferias en el mundo hispánico contemporáneo, homenaje a Jacqueline Covo-Maurice"* – coordinadora Nathalie Ludec – Editor Jean Michel Desvois – PILAR, Universidad Michel Montaigne – Bordeaux III – 2004 – páginas 191 a 205.

[5] Es posible que los pastores que ayudaron a los fugitivos fueran molestados más tarde por la Guardia Civil. Fue, en gran parte, mediante ese método que consistía en asesinar a los apoyos y los enlaces de los guerrilleros como el poder franquista luchó contra las guerrillas que, hasta la mitad de los años cincuenta, actuaron en muchas zonas de la geografía española. He cuestionado al historiador Benito Díaz Díaz, de Talavera de la Reina, que ha investigado el movimiento guerrillero anti-franquista en Extremadura, Toledo y Madrid. Benito Díaz no ha encontrado ninguna información que se corresponda con esa fecha y ese lugar. No obstante, eso no significa que no haya habido represión.

[6] Ese hombre se llamaba Gerónimo Morgado Galán, tenía veintisiete años de edad, era soltero, natural de Calamonte – Badajoz – y zapatero de profesión. Afortunadamente, la intuición de mi padre sobre el posible asesinato de Gerónimo resultó ser errónea. Efectivamente, Gerónimo fue detenido el 18 de febrero de 1940 en un lugar llamado "Cerro de la Fuente del Cáliz", más conocido hoy como "Cerro de la Fuente del Cubillo", en el municipio de Fuertescusa, en la provincia de Cuenca. En la declaración que hizo el 19 de febrero de 1940 en el cuartel de la Guardia Civil de Priego, donde fue interrogado, Gerónimo aportó una información que se corresponde en todo con el testimonio que mi padre dejó más de 80 años después. En particular, declaró que viajaban de noche y que su intención era llegar a la frontera francesa. Luego dio las identidades de todos sus compañeros de fuga, especificando que mi padre, al que llamaban "El Madrileño", estaba detrás del plan. Gerónimo cuenta que 'El Madrileño' tenía un libro de geografía que les ayudaba a orientarse y que había elaborado un itinerario que todos llevaban consigo. También dice que Miguel Fernández Talán desistió de huir unos días antes de que su presencia fuera detectada por la Guardia Civil en las cercanías de Mora de Toledo y que, en esa ocasión, la Guardia Civil disparó contra su grupo, dejando a Fulgencio Morcillo Pulido aislado de los otros cuatro, pero que lograron reagruparse unos días después. [Ver expediente 1532/4840 de Gerónimo Morgado Galán - Archivo del Tribunal Militar 1º de Madrid - Ministerio de Defensa - Madrid]. Fue internado en la prisión provincial de Cuenca el 26 de febrero y trasladado a la prisión de Badajoz el 9 de julio de 1941. Gerónimo había sido juzgado durante su detención en Castuera por un consejo de guerra reunido en Badajoz (proceso 1532/39) por "auxilio a la rebelión" y condenado a 12 años de prisión. Esta sentencia se redujo a 6 años. Sin embargo, fue liberado el 1 de diciembre de 1941. Gerónimo regresó a su pueblo natal, Calamonte, en la provincia de Badajoz. Agradezco a Julián Chaves Palacios que me haya facilitado parte de esta información.

[7] El rio que menciona mi padre es el rio Escabas y se trata del puente de Las Labradas situado a aproximadamente a dos kilómetros de Fuertescusa.

[8] Otros republicanos consiguieron huir de España y salvar sus vidas después de largas y peligrosas marchas. Fue el caso de seis guerrilleros del grupo de "Pablo", Manuel Pérez Rubiño que, en junio de 1952, abandonaron la zona de la sierra de Lújar, en la provincia de Granada. Se desplazaban de noche, casi siempre a campo través, andando a diez metros unos de otros. Disponían de dinero y armas, y tenían una larga experiencia de la lucha guerrillera. Consiguieron llegar el 14 de octubre de 1952 a la zona de Gavarnie, en el departamento de los Altos Pirineos. En el relato que el historiador José María Azuaga Rico hace de esa fuga de más de 1000 kilómetros llama la atención la similitud con la de mi padre y sus compañeros: itinerarios designados con la ayuda de una geografía escolar, orientación con la estrella polar, dificultades para cruzar los ríos… Pero a esos guerrilleros les fue muy útil poseer dinero y armas, algo de lo que mi padre y sus compañeros no podían disfrutar al haber estado recluidos nueve meses en el campo de concentración de Castuera. También se puede hablar de los guerrilleros que operaban en Extremadura y en los Montes de Toledo, José Manzanero Marín, "Manzanero", y Joaquín Ventas Cita, "Chaquetalarga", que tras abandonar la guerrilla consiguieron llegar a Francia. Sin embargo, no todos tuvieron esa suerte. El guerrillero "Rebolledo", Agustín Bonilla Bravo, natural de Castilblanco, que al final de la guerra estuvo en el campo de concentración de Castuera, fue asesinado el 23 de agosto de 1948 en Villalgordo del Marquesado, un pueblecito de la provincia de Cuenca. "Rebolledo" intentaba huir a Francia. Su familia, ayudada por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Cuenca ha conseguido localizar sus restos y han sido inhumados en Castilblanco.